Quinta edición

San Gil Región • Historia viva

Mujeres que dejan huella

Título original:
San Gil Región, Historia Viva V
© 2026 Marleny Sanabria Cruz

Edición y distribución:
Red Cooperativa de Medios de Comunicación Comunitarios de Santander Limitada - RESANDER
Carrera 6A No. 16-22, 313 655 0020 - 312 521 8186
San Gil, Santander, Colombia

Diseño de cubierta y diagramación:
Yamileth Giraldo González

Impresión:
Edisocial

Quinta edición:
2026
ISBN:

Impreso en Colombia- Printed in Colombia

Proyecto apoyado por:
Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.
Programa Nacional de Concertación Cultural 2026

Profesional de apoyo a la supervisión: Mileydis Yuranis Páez Julio

Productor: RESANDER LIMITADA
Mauricio Hernando Lozano Vesga, Gerente

Dirección, análisis, interpretación y edición: Marleny Sanabria Cruz

Coautora: Ivonne J. Pico Flórez

Prólogo: Beatriz Toloza Suárez

Entrevistas e investigación documental: Marleny Sanabria Cruz, Rolando Millán Muñoz y Diana Carolina Dulcey Ferreira

Transcripciones:
Diana Carolina Dulcey Ferreira

Fotografía:
Rolando Millán Muñoz, Diana Carolina Dulcey Ferreira, Lisseth Vanessa Sanabria Solano, Marleny Sanabria Cruz, Yamileth Giraldo González y archivo personal de las mujeres participantes

Corrector:
Ivonne J. Pico Flórez y Sandra Luz Sanabria Cruz

Apoyo website: Camilo Tibaduiza Robles



Vía a Zapatoca

Presentación

Nuevamente, la Red de Medios de Comunicación Comunitarios de Santander, RESANDER, con el apoyo del Ministerio de las Culturas, las artes y los Saberes, a través del Programa Nacional de Concertación Cultural, presenta a la provincia de Guanentá el Proyecto *San Gil Región, Historia Viva,* en el que se continúa destacando a mujeres adultas mayores de 50 años, con amplio reconocimiento local por su aporte desde los liderazgos, las artes, la cultura y saberes tradicionales, que habitan municipios de la provincia de Guanentá.

En ese sentido, se recopilan saberes hereditarios de ocho mujeres *'Guanentinas'* que vienen transmitiendo de manera oral en San Joaquín, Jordán y San Gil, oficios relacionados con el liderazgo comunitario, empoderamiento femenino, culinaria tradicional, artesanías, costura, entre otros.

Se hace un trabajo arduo para llevar a la comunidad una recopilación de contenidos transmedia, que permiten la circulación de la memoria viva (un libro impreso y digital, videos, audios y fotografías).

Las mujeres fueron seleccionadas según el grado de incidencia en la colectividad, importancia del conocimiento oral ancestral, beneficio proporcionado a la comunidad y reconocimientos en su entorno local. La elección se realizó a través de algunas emisoras comunitarias, la referencia de empresarios del turismo que

tienen ruta turística por los caminos ancestrales, como el caso de Jordán también de organizaciones sociales como la Asociación de Organizaciones Sociales y Populares de Colombia El Común. En este libro muestra las historias **Graciela Rodríguez de Martínez,** una tejedora artesanal que demuestra su destreza con las manos; y **Luz Estela Ferreira Rueda,** cocinera de gran experiencia, en el municipio de Jordán. También, se destaca la trayectoria de **Edilma Muñoz Quintero,** una mujer polifacética que, mediante su liderazgo, ayudó a su comunidad; y **Julia Peña Pérez,** quien heredó el conocimiento de las plantas medicinales, en San Joaquín.

En San Gil se destaca la presencia de **Alba Rosa Abaunza Mateus,** quien siempre estuvo al frente de proyectos comunitarios; **Diana Rodríguez Cárdenas,** siempre preocupada por la naturaleza y los emprendimientos femeninos; **Guillermina Arenas Plata,** una legendaria costurera tradicional; y **María Riguey Torres Tello,** quien supo que emprender es el camino.

Cada una de ellas tienen facetas que abarcan los roles de madres, esposas, hermanas y compañeras, las cuales, desde sus oficios, dan el ejemplo de cómo aportar a la región y, pese a las situaciones difíciles o historias de gran tragedia, construyen a su alrededor.

Contra viento y marea, aportan de manera significativa, no sólo a su familia o sus más allegados, sino también a su comunidad y se constituyen en un referente para la región. Por eso, aquí están sus historias.

Prólogo

Mujeres que hacen historia en la región sur de Santander en Colombia y que, aparentemente son poco conocidas, porque no circulan con *"likes"* en las redes sociales, ni en los grandes medios de comunicación y del espectáculo o en los merecimientos institucionales, nos sorprenden porque son más famosas de lo que se imaginan, y en estas páginas lo vamos a comprobar. Para reconocerlas a ellas, leeremos, la quinta edición de *San Gil, Región Historia Viva,* Mujeres que dejan huella, realizada juiciosamente y con la grandeza propia de la *"Chiquis"* Marleny Sanabria y su equipo de trabajo apoyados por el Ministerio de Culturas, las Artes y los Saberes.

Cuando me adentré en la vida contada por estas 8 mujeres percibí cuánto tenían en común, tanto, que alcancé a sentirlas al unísono; pero lean, porque lo que tienen en común no es tan común y corriente en el hoy, lo fue en otros tiempos y pudiera uno decir que estas bellas y poderosas señoras son una especie en vía de extinción; son *"extraordinarias"*, como describió un esposo a su amada compañera. Extraordinarias significa que le dedican todo el día y toda la vida a hacer más de lo posible por sus familias y les alcanza para los *"extras"* que traduce *"servirle a todos los que las necesitan en las comunidades"*. Tienen tanta energía y sabiduría para dar y convidar, que sus edades son apenas un

dato y yo siento el gusto agradecido de encontrarlas y saber de ellas.

La mayoría de sus madres dieron a luz una docena de hijos y por tanto sus historias hablan de la *"abundancia"* de personas, oficios, creatividades, afectos y sueños repartidos bajo un mismo techo humilde y laborioso, en medio de sufrimientos, lutos, violencias, abandonos, desplazamientos, escasez de comodidades y recursos; ellas también maternaron de 12 a 5 hijos, propios, y muchos más de sus entornos.

Tienen en común también que la mayoría han vivido y asumido por designio *"cultural"* digo yo, prácticamente toda la carga de la maternidad, la crianza, el cuidado del hogar, el alimento, las enfermedades, la parcela, los animales, y muchos etcéteras; el ser mujer, el dedicarse a ellas mismas a veces queda diluido entre tantas tareas que empiezan desde las 4 de la mañana hasta bien entrada la noche. Pareciera que todas le pidieron a la diosa del tiempo, tiempo, y a su Fe, templanza para desenrollar saberes y arañar los otros oficios del sustento y el servicio comunitario y eso sí que les ha dado fama local y regional.

De todo eso en común salen estas historias y del sello personal de cada una que también las hace únicas, sirviendo en territorios concretos. En Jordán, Luz Stella quien ha desarrollado una experticia inigualable para cuidar los cabros y sazonarlos al gusto de propios y turistas, a quienes también les conversa con gracia y conocimiento; la conocen como la señora de la bocapuente al lado del Río Chicamocha. Graciela, también en Jordán con los tejidos de Nakuma mostrando con convicción una forma de vida, una tradición artesanal de calidad que se hace rentable si se revaloriza en el hoy de la economía, en el uso de los recursos ecológicos de la región y en la constancia y voluntad de nuevos aprendices.

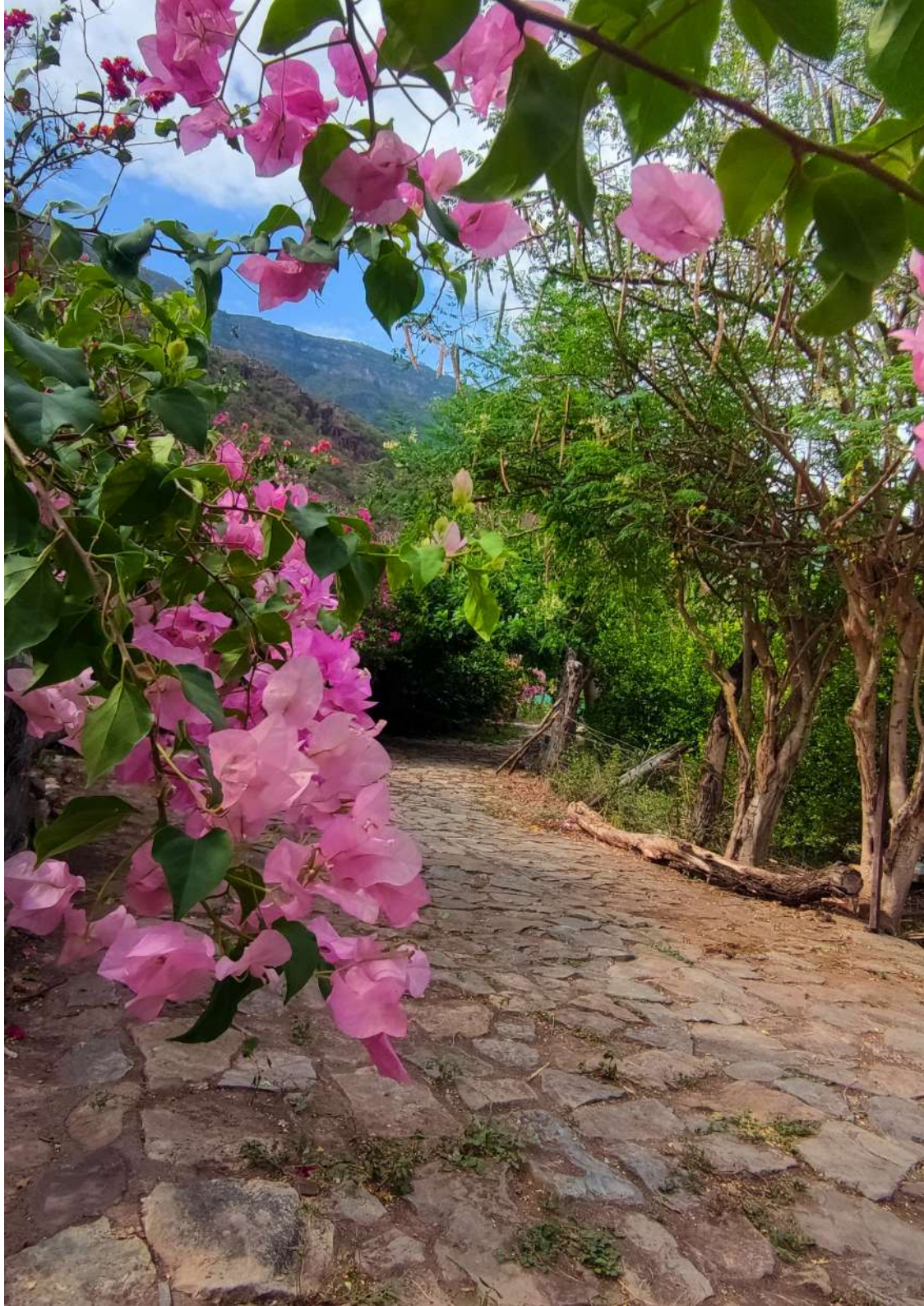
Y Edilma que quiere seguir caminando entre las montañas de San Joaquín donde su principal misión fue durante mucho tiempo promotora de salud; de esas mujeres formadas integralmente para desarrollar los programas de salud preventiva y atender a comunidades en primeros auxilios, medicamentos, vacunas y brigadas; su trabajo fue más allá de un empleo o de atención técnica en salud, era atender todo, escuchar y apoyar vidas; hoy jubilada continua ampliando su horizonte hacia el liderazgo comunitario y voluntario, vocación de servicio también heredada de sus padres y compartida con sus hermanas. Y como he dicho que tiene tanto en común también en San Joaquin en otras veredas ha estado Julia, una gran partera, sobandera, curadora, sabia de las plantas medicinales; ella ha sido sanadora de heridas de otros mientras cura las propias.

Guillermina quien llegó a San Gil, con la máquina de coser y el aprendizaje logrado con su esposo y las muy bien acreditadas maestras costureras y los sastres de Zapatoca, de donde es oriunda; la felicidad la *"cosió"* con puntada fina, con el don de enseñar su arte a otras mujeres y con unos hijos emprendedores. En San Gil, las organizaciones, la educación social, cooperativa y de emprendimiento, los proyectos productivos y las generosas asesorías, activismo y acompañamientos que han realizado María Riguey, Diana y Alba Rosa, desde diferentes frentes, han demostrado como las semillas que se siembran dan fruto. La autonomía, el empoderamiento, el bienestar personal y social, la dignidad de las mujeres y el desarrollo solidario, y otros frutos

que, cultivan y procesan como el cacao, el café, y demás semillas de rico aroma exaltan a estas mujeres.

Quiero además añadir que en esta oportunidad me detuve no solo a leer el texto; miré una a una las fotos del libro, y volví a las ediciones anteriores de la colección San Gil Región historia Viva; miré sus caras y otra vez veo en común, el *"rostro de mamá"*, de la mía y de la de muchos lectores; mujeres que conservan una serenidad y una sonrisa a veces inexplicable, que hace pensar con admiración en la capacidad de resiliencia, amor y fe; me las imagino con sus voces sabias, directas, sin adornos; ellas quieren transmitir sus saberes. Con este libro se abre una oportunidad nueva para divulgar y dejar huella de estos valiosos ejemplos de vida.

Beatriz Toloza Suárez



Agradecimientos

En esta cuarta edición quiero darle **primeramente las gracias a Dios,** por permitirnos lograr esta nueva recopilación del saber ancestral, cultural y social, de mujeres de los municipios de Jordán, San Joaquín y San Gil.

En segundo lugar, agradezco al equipo humano que hace posible la materialización de este producto, aportando lo mejor de sí, en sus diferentes roles.

Al Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, Programa Nacional de Concertación Cultural 2026.

A las 8 mujeres que nos aportan su historia: Luz Estela Ferreira Rueda, Graciela Rodríguez De Martínez de Jordán, Edilma Muñoz Quintero, Julia Peña Pérez de San Joaquín. Diana Rodríguez Cárdenas, Alba Rosa Abaunza Mateus, Guillermina Arenas Plata y María Riguey Torres Tello de San Gil.

Al Gerente de Resander, Mauricio Hernando Lozano Vesga y al consejo de administración.

Al equipo de producción y edición: Beatriz Tolosa Suárez, Ivonne J. Pico Flórez, Sandra Luz Sanabria Cruz, Rolando Millán Muñoz, Yamileth Giraldo González, Diana Carolina Dulcey Ferreira, Lisseth Vanessa Sanabria Solano, Edwin Sanmiguel Jaimes y Camilo Tibaduiza Robles.

Auspiciadores y colaboradores: Carmen Yaneth Álvarez Martínez directora del Instituto de Cultura y Turismo de San Gil, Sandra Yanet Estévez Medina directora del Instituto Coomuldesa, a Luis Manuel García Espriella Administrador cultural de La Casa del Libro Total San Gil, Freddy Ortiz Gómez, director de El Regional, Oliverio Quintero Gómez, asesor del sector Cooperativo, Luis Fernando Reyes gerente Asociación de Copropietarios de la Antena Parabólica de San Gil - Telesangil y al Centro Agroturístico del Sena Regional Santander para la provincias Guanentá y Comunera, subdirectora Patricia Rodríguez Martínez.

Emisoras Comunitarias: a Mireya Gómez Eslaba directora de Villanueva St., al señor Álvaro Prada director de Mogotes St. en Mogotes.

Instituciones Educativas: en Jordán, Colegio Nuestra Señora de Fátima, a su rectora Luz Marleny Ballesteros Gómez, en San Joaquín, Colegio Integrado María Auxiliadora, su rectora Carol Viviana Ayala Hernández y en San Gil al Colegio Técnico San Carlos, a su rector Ángel Alonso Pelayo Ochoa.

Serie Audiovisual: Rolando Millán Muñoz.

Equipo Resander, amigos y familiares: Jenny Paola Rivero Duarte, Brigith Dayana Gómez Álvarez, Loraine Elizabeth Ortiz Puentes. A Julieta Delgado Carreño, Néstor Suárez Macías, Jeffry Gómez, Sara Marcela Alucema Díaz, directora de El Común y a mi hijo Edier José Oviedo Sanabria.

Seguiremos el camino en la recopilación de historias para preservar la memoria colectiva y salvaguardar los conocimientos ancestrales, culturales y sociales de la región y del departamento de Santander.

Marleny Sanabria Cruz
Dirección y autoría
San Gil Región Historia Viva V



Dedicatoria

A Milena Rocío González López, una mujer que sembró amor y esperanza.

Hay mujeres cuya historia merece ser contada no solamente por lo que hicieron, sino por la manera en que vivieron, amaron y dejaron huella en los demás. Milena fue una de ellas. Apasionada, sensible, fuerte y hermosa; de esas personas a las que resulta fácil tomarles cariño y son difíciles de olvidar. Tenía la determinación de quien sabe que los sueños no llegan solos: si se quiere algo, hay que levantarse e ir por ello. Y así lo hizo. Se formó profesionalmente como ingeniera de sistemas, profesión que desarrolló con éxito en su carrera laboral y docente. Pero tal vez, lo más importante es que, nos enseñó a muchos a enfrentar los miedos y convirtió sus propias conquistas en el impulso necesario para que sus dos hijos también aprendieran a ir tras las suyas.

Fue una mujer de carácter y corazón inmenso. Una *'leona'* cuando se trataba de defender y cuidar de su familia. Aprendió de sus padres a

mirar hacia adelante, a sobreponerse y a procurar ser mejor cada día. La vida también le puso pruebas difíciles, como la enfermedad que enfrentó durante varios años. Sin embargo, ni los ires y venires entre especialistas y hospitales lograron menguar su capacidad de amar, de liderar, de consentir y de encontrar motivos para disfrutar de las cosas cotidianas de la vida: la buena comida, los gatos, la música y, especialmente, el canto. Su voz fue un regalo de Dios que quiso poner al servicio de Él, como una manera más de expresar esa sensibilidad y esa fe que habitaban en su corazón.

En su familia, especialmente en su esposo Javier, en sus hijos María Carolina y Cristian Eduardo, y en quienes tuvieron la fortuna de compartir su camino, permanece el testimonio de un amor incondicional, de una mujer que supo entregarse y sembrar esperanza. A nosotros, sus amigos y amigas, nos queda también el privilegio de haberla conocido, de haber compartido su alegría, la intimidad de su hogar y de guardar tantos recuerdos de su paso por la vida. Milena partió demasiado pronto, a los 51 años, pero hay presencias que no se miden por el tiempo que permanecen, sino por la profundidad de lo que dejan.

Por eso, en esta quinta edición de *San Gil Región, Historia Viva*, su memoria encuentra un lugar entre las historias de mujeres que merecen el reconocimiento y la permanencia en el tiempo. Porque rescatar sus vidas es también reconocer que la historia de un territorio está hecha de sueños, valentías, afectos, miedos y pequeñas grandes transformaciones.

Querida Milena, amiga y hermana de la vida, tu historia no termina con tu partida. Sigue viva en las semillas de amor y amistad que sembraste en nosotros, en los sueños que ayudaste a despertar y en cada persona que conserva algo de ti. **Que estas páginas sean nuestra manera de abrazarte, agradecerte y decirte que, mientras haya quien te recuerde, tu voz seguirá encontrando dónde cantar.**



Cañón del Chicamocha

Jordán, el pueblo que abraza el cañón

En el corazón del majestuoso Cañón del Chicamocha, donde la montaña se abre en profundidades vertiginosas y el río avanza como una cinta de plata entre las rocas, descansa Jordán, uno de los municipios más pequeños y singulares de Santander. Situado a unos 425 metros sobre el nivel del mar, este pueblo parece haber sido depositado cuidadosamente en el fondo del cañón, protegido por paredes de piedra que al amanecer se tiñen de oro y al atardecer se visten de cobre y fuego. Con apenas 33 kilómetros cuadrados de extensión, pertenece a la provincia de Guanentá y limita con municipios como Los Santos, Aratoca, Villanueva y Cepitá.

Fundado en 1822, Jordán conserva la esencia de los poblados santandereanos que crecieron al abrigo de los antiguos caminos de arriería. Su cabecera municipal, pequeña y silenciosa, parece detenida en otra época. Las casas blancas de paredes gruesas, las calles empedradas y la iglesia que preside la plaza evocan los años en que comerciantes y viajeros atravesaban el cañón transportando mercancías entre las provincias del oriente colombiano.

Aunque su población apenas supera los 1.500 habitantes, gran parte de ellos dispersos en las zonas rurales, Jordán posee una identidad profunda y orgullosa. Sus habitantes, conocidos como jordanenses, conservan tradiciones campesinas ligadas a la agricultura, la ganadería de pequeña escala y al aprovechamiento respetuoso de un territorio marcado por la geografía extrema. La vida aquí transcurre con un ritmo pausado: las conversaciones aún ocurren bajo la sombra de los aleros, las puertas permanecen abiertas y el saludo sigue siendo una costumbre cotidiana.

La cultura local está impregnada del carácter santandereano: gente trabajadora, franca y hospitalaria. En la mesa predominan los sabores tradicionales de la región. No faltan la carne oreada, la pepitoria, las arepas de maíz pelado, la yuca, el cabro y los infaltables bocadillos elaborados con guayaba, acompañados por la gastronomía típica de la provincia guanentina. Los alimentos sencillos adquieren aquí un sabor especial, condimentado por el clima cálido y la cercanía con la tierra.

Pero es el turismo el que ha convertido a Jordán en una joya cada vez más apreciada. El principal atractivo es el histórico Camino Real de Lengerke, una obra de ingeniería del siglo XIX que desciende desde Los Santos hasta el fondo del cañón. Recorrer sus piedras centenarias es caminar sobre la memoria de Santander. Senderistas, fotógrafos y amantes de la naturaleza llegan atraídos por sus paisajes, por los puentes colgantes que cruzan quebradas y por las panorámicas que revelan toda la grandeza del Chicamocha. Además, el municipio se ha convertido en un punto emblemático para eventos de trail running y turismo de aventura.

Jordán no deslumbra por su tamaño ni por el bullicio de sus calles. Su encanto reside en algo más profundo: la sensación de haber encontrado un lugar donde el tiempo decidió caminar despacio. Allí, entre el rumor del río, el eco de los antiguos caminos y el silencio inmenso del cañón, Santander conserva uno de sus secretos mejor guardados.

Graciela
Rodríguez de Martínez

Las manos que tejen una vida

"Yo me paraba a las cinco de la mañana y soplaba candela. Todavía era un fogón de leña. Y tenía que hacer el café, el tetero para el chino, poner la olla para el desayuno y la arepa. Nadie me decía que lo hiciera; yo sola emprendía mi trabajo".



Hay vidas que parecen escritas con tinta y se plasman en papel. Otras quedan grabadas en piedra. En este caso, la de Graciela Rodríguez de Martínez podría contarse siguiendo el rastro que han dejado sus manos sobre las fibras de una palma humilde que crece en las montañas secas del cañón del Chicamocha. Son manos curtidas por el humo de la leña, el filo de los años y la costumbre de trabajar sin descanso. Son manos que aprendieron a hilar fique cuando apenas era una niña, levantaron siete hijos, alimentaron obreros durante décadas y que, todavía hoy, cuando muchos piensan en descansar, siguen tejiendo escobas y esteras para ganarle unos pesos a la vida.

Graciela conserva esa serenidad propia de las mujeres campesinas de Santander, que no necesitan levantar la voz para



hacerse escuchar. Habla despacio, recuerda sin adornos y responde con la sinceridad de quien nunca ha necesitado exagerar para que su historia tenga valor.

Nació en Aratoca, el día de "Reyes Magos", 6 de enero de 1948. Sin embargo, se considera oriunda de Jordán, pueblo donde ha pasado la mayor parte de su vida. Es hija de José Rosario Rodríguez y María Teresa Figueroa. Creció junto a sus hermanos Raúl, Manuel, José Carmen y Abigail, en una época donde la niñez rural estaba lejos de parecerse a la que hoy conocen los niños. Cuando se le pregunta por sus juegos de infancia, no habla de muñecas ni de escondidas. Tampoco recuerda tardes enteras corriendo detrás de una pelota o persiguiendo mariposas.

"Cuando eso no nos ponían a jugar, era a trabajar desde pequeños", dice con naturalidad, sin resentimientos ni nostalgias exageradas, como si describiera una ley antigua que nunca estuvo en discusión.

Su infancia transcurrió entre las labores del campo y el trabajo con el fique. Desde muy pequeña aprendió a hilar. A los diez años ya participaba en una actividad que ayudaba a sostener la economía familiar: *"hilaba cuatro libritas al día"*. La tarea consistía en transformar las fibras del fique en material útil para fabricar costales y otros elementos de uso cotidiano. Era una labor repetitiva, exigente y agotadora para una niña. En esa época nadie preguntaba si los hijos estaban cansados pues la necesidad era una maestra mucho más estricta que cualquier profesor. Y precisamente de profesores y escuelas tampoco tiene muchos recuerdos. Fue enviada apenas unos meses a estudiar. *"Me mandaron como dos meses y ya"*, dice con resignación.

La escuela quedó atrás. Mientras otros aprendían a leer y escribir, ella aprendía a trabajar. Sin embargo, cuando habla de aquellos años no aparece la amargura. Recuerda una niñez humilde, marcada por las limitaciones económicas, pero también por el cariño de sus padres. *"Sí fui feliz. Mi mamá me trataba muy bien y mi papá, también. Pobrecitos porque no había recursos, pero sí amor"*. Esa forma sencilla de resumir toda una infancia revela algo profundo. Para Graciela, la pobreza nunca fue una tragedia, fue simplemente la condición en la que les tocó vivir.

A los dieciocho años se casó con Salomón Martínez Sarmiento. Como muchas parejas campesinas, eligieron el final del año para unir sus vidas, un 23 de diciembre de 1966. La ceremonia se realizó en la iglesia de Aratoca y marcó el comienzo de una nueva etapa. En este 2026, cuenta con orgullo, completaron cincuenta años de matrimonio. Unas bodas de oro que muestran cinco décadas compartiendo alegrías, dificultades, escaseces, nacimientos y madrugadas. Pocas obras requieren tanto trabajo como construir un hogar durante medio siglo. Junto a su esposo levantó una familia numerosa compuesta por siete hijos: Salomón, Beatriz, Orlando, Carmenza, Wilson, Omar y Robinson. Después llegaron los nietos, en total veintisiete. Y más tarde los tataranietos, seis.

Mientras habla de ellos parece sorprenderse de la magnitud de ese árbol familiar que empezó con una pareja joven y que hoy se extiende por varias generaciones.

Pero antes de convertirse en madre, suegra y bisabuela, tuvo que aprender a sobrevivir en una tierra nueva. Al casarse se trasladó a Jordán y allí comenzó la vida dura de las mujeres campesinas de

la región. Días enteros cocinando, criando hijos y ayudando en las labores agrícolas. Sin horarios, sin vacaciones, sin reconocimientos. *"Yo arreglaba todo y me iba a trabajar porque quería salir adelante"*, manifiesta.

No lo hacía porque alguien se lo exigiera, tampoco porque su esposo la obligara. Lo realizaba porque sentía que era necesario. Mientras muchos describen la fortaleza como una virtud extraordinaria, en Graciela aparece como una costumbre. Ella misma cuenta cómo cargaba a sus hijos pequeños mientras realizaba las labores del campo y cuando aún no existían las comodidades actuales, acomodaba al bebé sobre un costal o una manta improvisada y seguía trabajando. Después regresaba a la casa, cortaba leña, soplaba el fogón, preparaba la comida, molía maíz, lavaba y barría la casa. Al día siguiente, la misma rutina. Durante años ese fue el ritmo de su existencia. Un trabajo continuo y hasta rutinario donde cada jornada se parecía a la anterior.

Sin embargo, en medio de tantas obligaciones ocurrió algo que terminaría convirtiéndose en una de sus mayores satisfacciones: conoció la palma de Nakuma. La historia comenzó gracias a su suegro. Un día lo observó mientras el hombre elaboraba una escoba artesanal, ella se acercó para mirar con detenimiento y esos movimientos le llamaron la atención. Tal vez fue la forma en que las fibras se transformaban en un objeto útil. Entonces hizo una pregunta sencilla: *"¿Cómo se hace? Enséñeme"*.

Su suegro sólo necesitó explicarle una vez y fue suficiente. *"Apenas me dijo la primera y eso fue diciendo y haciendo, de una vez aprendí"*. Desde entonces, no ha parado. Empezó una relación silenciosa

entre sus manos y las fibras de la palma. Aprendió primero a elaborar escobas, luego esteras. Más adelante canastos y pequeños objetos utilitarios. Nadie volvió a enseñarle, no asistió a talleres, no recibió capacitaciones y no tuvo instructores. Aprendió observando, repitiendo, intentando, corrigiendo. Tal como han aprendido durante siglos los artesanos populares. Jamás sintió miedo de equivocarse.

Cuando recuerda la primera pieza que elaboró, sonríe. *"Me quedó bien"*. Y no hay falsa modestia en la afirmación, simplemente, reconoce que desde el principio tuvo facilidad. El trabajo manual parecía venirle naturalmente. Pronto comenzó a producir escobas para vender y las enviaba a Los Santos, Villanueva y otros municipios cercanos. Por aquella época, el mercado era distinto. Las escobas de palma eran parte de la vida cotidiana y las familias las utilizaban para barrer patios de tierra y pisos de cemento. Había compradores y posibilidades, *"Yo las mandaba y me las pagaban a diez mil o doce mil pesos la docena"* y aunque las ganancias eran mínimas, cada peso servía para comprar ropa para los hijos y mercado para la cocina, así como algún utensilio necesario para la casa.

Con el tiempo perfeccionó aún más la técnica, llegó a fabricar esteras de gran tamaño. Recuerda especialmente un encargo de veinte esteras para una piscina. Duró cerca de tres meses elaborándolas. A ratos cocinaba para obreros y en otros espacios tejía y atendía la casa, *"así, poco a poco, completé el pedido"*.

Como ocurre con muchos saberes tradicionales, la artesanía se convirtió en una extensión de su identidad. Cada escoba cuenta una historia, cada estera lleva horas de paciencia y cada fibra tejida

guarda una parte de su tiempo. Por eso, le duele comprobar que muchos de estos oficios han ido perdiendo espacio. Las escobas plásticas desplazaron gran parte de la producción artesanal, los productos industriales llegaron más rápido, más baratos y más uniformes. Lo que antes se vendía constantemente comenzó a disminuir. *"El plástico se tomó mucho el mercado, ya es muy difícil que podamos competir",* dice. Aun así, ella continúa elaborándolas, no por negocio, tampoco para hacerse rica, sino porque forma parte de quien es, ya que sus manos necesitan tejer porque el oficio se convirtió en lenguaje.

Quien llega a Jordán y conoce a Graciela descubre rápidamente que su vida sigue teniendo el mismo ritmo trabajador de siempre. Se levanta alrededor de las cinco de la mañana, prepara el desayuno, atiende al nieto, organiza la cocina, riega las plantas y barre la casa. Si hay obreros, cocina para ellos. En los almuerzos suele haber ajiaco los lunes, ruyas los miércoles y arepa casi todos los días. Y entre una tarea y otra encuentra espacio para elaborar una escoba. Cinco minutos aquí, diez minutos allá. Cuando se le pregunta, ¿cuál es el secreto para hacer bien su trabajo? Responde sin vacilar que *"la voluntad"*. No habla de talento, ni menciona técnicas sofisticadas. Para ella todo comienza por decidir hacerlo. La voluntad aparece como la materia prima más importante, antes que la palma y las herramientas. Antes, incluso, que la experiencia.

Por eso, sigue produciendo artesanías después de más de cuarenta años en el oficio, porque jamás perdió el deseo de continuar. En los últimos años, una de sus mayores alegrías ha sido ver que el conocimiento no desaparece. Una de sus hijas

aprendió el oficio y también fabrica escobas y esteras y realiza piezas grandes que son comercializadas incluso en Barichara. Ese aprendizaje representa algo mucho más importante que una actividad económica, es una forma de permanencia. Una manera de garantizar que el conocimiento sobreviva una generación más.

Graciela conoce bien el riesgo que enfrentan estas tradiciones. Los jóvenes rara vez se interesan por aprender. Las nuevas generaciones tienen otros caminos y nuevas aspiraciones, ella misma reconoce que pocas personas muestran la curiosidad que tuvo cuando observó a su suegro por primera vez. *"No les gusta querer aprender"*. Y, sin embargo, sigue dispuesta a enseñar, porque entiende que una tradición desaparece cuando nadie está dispuesto a transmitirla.

A lo largo de su vida ha recibido pocos reconocimientos formales. Quizás menos de los que merece. Recuerda especialmente cuando fue invitada a participar en actividades artesanales promovidas por la Gobernación de Santander. También, cuando el entonces alcalde de Jordán, Arnulfo Castro Ferreira, resaltó públicamente su trabajo. Aquellos momentos le demostraron que alguien más veía valor en lo que hacía. Sin embargo, ella siente que el reconocimiento más importante siempre ha llegado de otra parte, de las personas que regresan a comprar sus productos y le encargan nuevas esteras y admiran la calidad de una escoba hecha a mano. Son personas que entienden que detrás de cada objeto existe una historia. Eso es, precisamente, lo que representan sus artesanías; no son sólo utensilios, son memoria convertida en materia.

Cuando Graciela habla de Jordán, sus palabras están llenas de afecto. Lo describe como un municipio tranquilo, sano, hermoso, un territorio donde ha construido casi toda su existencia. También destaca algo que admira profundamente: las mujeres. Las considera emprendedoras, serviciales y trabajadoras. Para ella, son mujeres acostumbradas a enfrentar el sol, que siembran y curten el tabaco. Quizás, reconoce en ellas un reflejo de sí misma. La misma fuerza silenciosa, esa capacidad de seguir adelante, aun cuando las circunstancias no son fáciles. La misma costumbre de resolver antes que quejarse.

Cuando se le pregunta por los logros de su vida no menciona casas lujosas ni grandes bienes materiales, habla del trabajo aprendido, de los hijos criados, las pequeñas ayudas económicas que obtuvo gracias a las artesanías, de la satisfacción de saber que todavía puede producir algo útil. Para muchos podría parecer poco, pero, en realidad, es enorme, porque detrás de cada uno de esos logros hay décadas de esfuerzo cotidiano, con madrugadas y sacrificios invisibles. Hay una determinación que pocas veces aparece en los titulares, pero que sostiene la vida de los pueblos.

Quizás lo más sorprendente de Graciela sea precisamente esa ausencia de dramatismo. Nunca se presenta como una heroína. No habla de obstáculos imposibles. No necesita agrandar las dificultades. Simplemente cuenta lo ocurrido.

Y al hacerlo deja entrever una verdad poderosa: gran parte de la historia de las regiones colombianas ha sido construida por mujeres como ella, que nunca ocuparon cargos públicos, no aparecieron en periódicos, jamás recibieron homenajes multitudinarios.

Son mujeres que sostienen familias enteras con su trabajo y que encontraron formas de generar ingresos cuando parecía imposible. Además, transmiten conocimientos de generación en generación, mantienen vivas prácticas culturales condenadas al olvido.

Cuando la tarde empieza a caer sobre Jordán y las sombras descienden lentamente por las laderas del cañón, Graciela suele quedarse unos minutos contemplando el trabajo terminado. Sobre una silla reposan las escobas recién hechas; en un rincón, las esteras esperan a quien las encargó. Parecen objetos sencillos, casi comunes para quien los observa por primera vez. Sin embargo, ella sabe que cada uno guarda una parte de su historia.

En esas fibras entrelazadas están los amaneceres fríos de su infancia, cuando cambió los juegos por las jornadas de trabajo. Está la voz de su madre llamándola al amanecer y las enseñanzas silenciosas de su padre, está aquella muchacha de dieciocho años que llegó a la iglesia de Aratoca para comenzar una vida nueva junto al hombre con quien lleva compartiendo cinco décadas de camino. Están, también las risas, las preocupaciones y los sueños de los siete hijos que crecieron bajo su cuidado. Cada estera parece contener una temporada de la vida. Algunas recuerdan los años de abundancia; otras, los días difíciles en los que cada peso ganado con una escoba ayudaba a comprar comida, ropa o cuadernos para los niños. Todas conservan algo de aquella mujer que aprendió a no rendirse.

Quizás por eso, cuando habla de sus artesanías, no las menciona como simples productos. Habla de ellas como si fueran compañeras de viaje. Han estado a su lado durante buena parte de

su existencia, le permitieron ayudar a sostener su hogar, aportar al bienestar de su familia y demostrar que las manos trabajadoras siempre encuentran una forma de abrirse camino.

Y, aunque los tiempos han cambiado, las escobas plásticas ocupan ahora los estantes de los almacenes y muchos jóvenes miran hacia otros horizontes, Graciela sigue sentándose frente a la palma Nakuma con la misma paciencia de hace cuarenta años. Lo hace porque allí encuentra una parte esencial de sí misma. Porque cada fibra que anuda es también un recuerdo que se niega a desaparecer.

Tal vez el verdadero legado de Graciela Rodríguez de Martínez no esté únicamente en las escobas o en las esteras que ha elaborado durante toda una vida. Su legado vive en algo mucho más profundo: en la enseñanza de que el trabajo honrado dignifica, de que el conocimiento compartido permanece y de que las tradiciones sobreviven mientras exista alguien dispuesto a transmitirlas.

Hoy, una de sus hijas continúa aprendiendo y trabajando el oficio. Y en ese gesto sencillo, casi cotidiano, se esconde una victoria inmensa. Porque mientras una nueva generación siga tomando entre sus manos las fibras de la palma, la historia no terminará. Mientras personas como Graciela sigan presentes en nuestra cultura, habrá en las casas, los corredores y los patios de esta tierra santandereana una escoba que barra el polvo de los caminos. Se podrán encontrar esteras tejidas con paciencia.

Hay personas que construyen monumentos de piedra, y hay otras que edifican su legado con trabajo silencioso. Graciela pertenece a estas últimas. Su obra no se levanta hacia el cielo ni aparece en los mapas. Su obra está hecha de esfuerzo, de amor por



la familia, de perseverancia y de unas manos que jamás aprendieron a rendirse. Y mientras el viento recorre las montañas de Jordán y acaricia las palmas que crecieron bajo el sol del cañón, parece llevar consigo la historia de una mujer extraordinaria que encontró en las fibras de la tierra una forma de tejer su vida y de permanecer para siempre en la memoria de su pueblo.



Luz Estela
Ferreira Rueda

La mujer que conversa con los cabros

"Si uno se pone a hacer algo, toca
hacerlo con cariño.
Si no quiere hacerlo, no lo haga".



Hay mujeres que aprenden a cocinar. Hay otras que aprenden a criar animales. Algunas aprenden a sostener un hogar. Pero existen unas pocas que terminan haciendo las tres cosas al mismo tiempo, mientras conservan intacta la memoria de una región entera.

En Jordán, uno de esos pueblos santandereanos donde el calor parece salir no solamente de las piedras sino también de la historia, vive una mujer a quien muchos conocen simplemente como 'la señora de la bocapuente'. No la nombran así porque hable demasiado, aunque hablar le gusta. Tampoco porque sea una autoridad. La llaman así porque su casa, ubicada cerca del antiguo puente, terminó convirtiéndose en un lugar donde convergen viajeros, vecinos, curiosos y turistas en busca de una historia, una indicación o una conversación.

Su nombre es Luz Estela Ferreira Rueda, quien nació el 23 de septiembre de 1963 y carga sobre los hombros una vida construida



con trabajo, disciplina campesina y una fe obstinada en que las cosas buenas siempre llegan a quien sabe esperar. Sentada en su casa, mientras el río Chicamocha continúa atravesando las montañas como una serpiente brillante y antigua, Luz Estela habla de su vida con esa forma pausada que tienen las personas que han aprendido a mirar el mundo sin afán y así van apareciendo los recuerdos. Antes de ser la mujer reconocida por criar cabros y preparar uno de los platos más tradicionales de la región, fue simplemente una niña campesina. Nació en San Vicente de Chucurí, aunque apenas tenía unos tres años cuando su familia se trasladó a Aratoca. Más tarde llegaron a la vereda Clavellinas, donde transcurrió buena parte de su infancia. Aquella era una casa inmensa, no por su tamaño, sino por la cantidad de vidas que guardaba.

Su padre, Eliécer Ferreira Beltrán, y su madre, Lucila Rueda Otero, tuvieron doce hijos. Una docena de niños compartiendo el mismo techo, las mismas responsabilidades y los mismos sueños. *"Mis hermanos son Aldo, Raúl, Jorge Eliecer; yo que soy gemela con otro hermano, Gustavo. Enseguida siguen Eduardo, Gilberto, Marta, Gonzalo, Alirio, Carmen y Doris Helena"*.

En aquellos años nadie hablaba de infancia como se habla hoy. Los niños trabajaban. A los seis años ya participaba en los oficios relacionados con la fabricación de sacos de fique. Había tareas para todos. Unos hilaban, otros tejían y los demás ayudaban a terminar los costales. *"No existía eso de quedarse quietos"*, dice. Luz Estela recuerda que el tiempo apenas alcanzaba para correr a la escuela y regresar a cumplir con las obligaciones de la casa. Sin embargo, cuando recuerda aquellos años no hay amargura. sólo la embarga

la nostalgia, como si aquellos días difíciles hubieran adquirido con los años un brillo especial.

Cuando evoca la escuela, las imágenes aparecen nítidas. No eran los cuadernos, ni los pupitres. Tampoco las clases. Lo primero que recuerda es el bolso, una talega hecha con la bota de un pantalón viejo, las madres cortaban las anchas piernas de aquellos pantalones que estaban de moda y con ellas confeccionaban pequeñas mochilas donde los niños guardaban sus cuadernos. Los cargaban como si fueran un tesoro. *"Adentro metíamos una botella con limonada, un huevo cocido, un pedazo de panela y una arepa. Ese era el almuerzo"*, recuerda.

Ese era el combustible para caminar kilómetros y estudiar. Cuando Luz Estela compara aquella época con la actualidad, mueve la cabeza. Dice que los niños de hoy perdieron muchas costumbres: *"ahorita el niño perdió esta tradición de la comida. Porque el niño de antes, por el hambre, sí comía arepa; pero, ahorita, comen mero sanduches, pasabocas, gaseosas y bombones."*, dice. Y agrega que el celular terminó ocupando el lugar que antes tenían los juegos y las conversaciones.

Ser una de las mayores entre doce hermanos traía responsabilidades. Mientras otros niños jugaban, ella preparaba teteros, cocinaba comida para los pequeños, cambiaba ropa, lavaba prendas y ayudaba a cuidar a quienes eran demasiado pequeños para valerse por sí mismos. Llegó un momento en que algunos de sus hermanos menores la llamaban mamá, no porque hubieran olvidado a la verdadera, sino porque ella terminó ocupando parte de ese papel. Su madre salía a trabajar y ella quedaba encargada

de la tropa, cocinando, buscando leña, lavando, y procurando que cuando los padres regresaran encontraran todo en orden.



Aquella escuela de responsabilidad resultó definitiva. Sin darse cuenta, estaba aprendiendo las habilidades que años después le permitirían sostener una familia propia pues a los diecinueve años, cuando estaba a punto de cumplir veinte, se casó con Arnulfo Castro Pineda, con quien había completado casi año y medio de noviazgo. En aquellos tiempos eso significaba paciencia, respeto e intención de permanencia.

La boda ocurrió en el municipio de Los Santos en febrero de 1983. Después llegó la vida compartida. Los primeros años transcurrieron en la vereda El Dato, donde convivieron con los suegros en una vieja casona de arrieros. Este punto geográfico que es reconocido como el sitio intermedio del camino real entre Jordán y Los Santos, fue el lugar de nacimiento de sus tres primeros hijos.

Más tarde se trasladaron a Jordán. Y ahí comenzaron a construir el proyecto de vida que sigue vigente hasta hoy.

En total tuvieron cinco hijos: Arnulfo, Erika Johana, Alexander, Gloria Estela y Albeiro. Con ellos fueron levantando una familia basada en el trabajo compartido, donde nadie se quedaba mirando, porque en el campo todos tienen oficio.

Una cabra cambió la historia

Muchas historias empresariales comienzan con inversionistas. Otras con préstamos. La de Luz Estela y su esposo comenzó con una sola cabra. Él cultivaba tabaco y en una ocasión recibió una pequeña bonificación por la venta de la cosecha. Eran apenas unos pocos miles de pesos. Sin embargo, para una familia campesina representaban una oportunidad. Arnulfo observó los terrenos y pensó comprar una cabra, una sola nada más. Aquella cabra tuvo crías. Después llegaron más y con el tiempo nació una cabrera. *"Eso fue como hace 30 años, como en el 90. Mi esposo no tenía para colocar una cabrera, ni nada. Entonces, salió a Los Santos y vendió un tabaco. Le dieron una bonificación. Cuando eso, como 15.000 pesitos. Y entonces, compró una cabra con esa platica iniciamos"*, recuerda.

Sin embargo, criar cabros no consiste simplemente en encerrarlos detrás de una cerca. Luz Estela aprendió que primero había que enseñarles a volver. El animal recién llegado debe amarrarse, recibir alimento, sal y melaza. A eso hay que agregarle caricias, confianza. Ella aprendió que estos animales no pueden soltarse de inmediato, porque se corre el riesgo de que marchen para siempre, eso ya pasó una vez y se perdió un lote completo.

"Hace como 10 años, teníamos un grupo de cabros, cogieron la loma y se perdieron", concluye.

Aprendió que los cabros, igual que las personas, necesitan tiempo para sentirse en casa. *"Uno poco a poco tiene que ganarse su cariño. A medida que el animal va creciendo, va acostumbrándose a los otros. Y entonces uno lo va soltando de a uno, de a dos o tres, y ellos van llegando"*, dice. Así, el cabro va conociendo los agrestes terrenos del cañón y conociendo las escarpas. *"Entonces, se acaricia, entonces el uno se encarga de enseñarle al otro, y el otro le va enseñando al otro y así la van"*.

Mientras habla de los cabros, el tono de su voz cambia, se vuelve más suave, más cercana, afectuosa. Dice que a los animales hay que tratarlos con cariño, que no deben ser molestados ni asustados. Que cuando se les da buen trato responden mejor. Ella conoce los comportamientos, caprichos y rebeldías de sus animales. Sabe cuándo una cabra está a punto de abandonar el rebaño y cuándo un cabrito necesita ayuda. También se da cuenta cuando algunas madres rechazan a sus crías. Entonces, toca alimentarlas manualmente. «Todo tiene su oficio», dice con toda la experiencia. Y aunque parece una frase pequeña, encierra una filosofía completa.

El sabor que heredó

La cocina también llegó por herencia. Su madre, doña Lucila, cocinaba muy bien. Su suegra también preparaba excelentes platos. Ambas terminaron moldeando su forma de entender los alimentos. Fue precisamente de ellas de quienes aprendió los secretos del cabro y su preparación, un conocimiento que en Jordán es casi

patrimonio cultural, porque preparar un buen cabro no consiste únicamente en mezclar ingredientes.

Para tener éxito, hay que saber escoger la carne, lavarla correctamente, marinarla, entender los tiempos y respetar el sabor de los ingredientes como el ajo, la cebolla, el color y los cominos. En el caso de Luz Estela, le pone un toque de aguardiente, cerveza, vino dulce y mucha paciencia. Cuando le preguntan cuál es el ingrediente más importante, no menciona ninguno de esos. Dice algo distinto. Manifiesta que *"la comida debe prepararse con cariño. Incluso una mazamorra puede dañarse si se cocina de mal genio"*, afirma con una convicción absoluta, como si hablara de una ley natural.

La leña crepita. Un olor a ajo machacado y cebolla recién cortada se mezcla con el aroma áspero de la tierra caliente. *"Hay que dejarlo coger saborcito"*, dice mientras revuelve una olla de aluminio donde hierve lentamente una preparación de cabro.

Si hay algo capaz de despertar inmediatamente la memoria de Luz Estela es el olor del cabro cocinándose lentamente. El ajo chisporroteando sobre la grasa caliente. La cebolla dorándose



hasta adquirir un color caramelo. El comino liberando su perfume. El vino dulce mezclándose con la carne. El humo de la leña impregnando cada rincón de la cocina. Todo forma parte de una ceremonia. Porque cocinar no es una tarea. Es un ritual.

Con los años, la preparación de cabro dejó de ser únicamente una tradición familiar.

También, se convirtió en una fuente de ingresos. Luz Estela es experta en cocinar para fiestas como bautizos, cumpleaños, primeras comuniones y demás celebraciones familiares. Las personas llegan con los encargos. Ella prepara la carne y las comidas viajan a Bucaramanga, Bogotá y diferentes municipios santandereanos.

Ese trabajo ayudó a construir patrimonio, a consolidar el hogar, a levantar la sombra, como ella dice. "*Hay que darle gracias a Dios porque con lo que trabajo, nos dio mucho para tener la sombra, la casa"*, explica. Uno de los aspectos que más orgullo le produce es que la tradición continúa. Sus hijos aprendieron acerca de la cría de los cabros y la preparación de los mismos. Sus nueras también aprendieron, al igual que su yerno aprendió. Todos en la familia conocen las recetas y los secretos de la preparación del cabro y no solamente la cocina, también la organización. Es decir, cómo se acondiciona la leña, los fogones, los animales, de igual forma, cómo se hacen los preparativos de cada evento, porque, según ella, nadie puede hacer estas cosas solo. Hace falta una familia completa trabajando como equipo.

La mujer de la Bocapuente

Con el tiempo, la cocina terminó siendo apenas una parte de

su identidad. La otra parte está ligada a la conversación. Su casa, ubicada cerca del paso obligado de quienes llegan al municipio, se ha convertido en un lugar donde terminan cruzándose viajeros, vecinos, caminantes y curiosos. Algunos llegan buscando una comida. Otros una historia. La mayoría termina encontrando ambas cosas.

Luz Estela sonríe mientras limpia sus manos en el delantal. Tiene la sonrisa de las mujeres campesinas que han trabajado toda la vida. Una sonrisa curtida por el sol, una expresión que viene acompañada de algo más valioso: la tranquilidad. Detrás de ella, en el corral, se escucha el balido insistente de varios cabros. Ella gira apenas la cabeza. *"Ya voy, no se desesperen"*. Y parece estar hablando con personas. Porque los conoce uno por uno. Porque ha convivido con ellos durante décadas. Porque, de alguna manera extraña, aquella conversación lleva años sucediendo.

Es una gran conversadora, en su memoria hay historias. Los visitantes llegan a su casa y preguntan por ella. Los nietos se ríen porque todos quieren saber dónde está la nona, dónde está la 'señora de la bocapuente'. A Luz Estela le gusta conversar. Le gusta recibir personas, servir un tinto, escuchar, contar y compartir. Por eso terminó convirtiéndose en una especie de guardiana informal de la memoria de Jordán. Arnulfo, que ya conoce sus dotes de anfitriona, no se molesta por esta actitud amplia y servicial. "*Yo, llegue una persona cualquiera, así venga lejos, yo la atiendo con su tinto. Si estamos comiendo, se le da desayuno de lo mismo. Porque es que uno de lo mismo que está haciendo se comparte. Ahí se atendió"*, dice.

Este pueblo es un lugar donde el calor no cae desde el cielo. Nace de las piedras. Sube desde el cañón como una respiración antigua que se pega a la piel y obliga a caminar despacio. El río Chicamocha corre unos metros más abajo, brillante bajo el sol, abriéndose paso entre montañas secas que parecen guardarse secretos de siglos. En las mañanas, cuando los visitantes empiezan a llegar al pueblo atraídos por la historia del puente colgante y las leyendas del camino real, una mujer mueve las brasas de un fogón sin prisa.

Cuando los turistas llegan, casi siempre preguntan por el puente. Entonces, ella empieza a contar que el puente actual fue construido en 1904 y que hubo uno antes que ese. Explica dónde estuvo el puente anterior, relata episodios vinculados a la Guerra de los Mil Días, habla de antiguos caminos de arriería, recuerda historias que escuchó de los mayores. Ella habla sin recurrir a notas escritas, tampoco a libros, sin consultar archivos. Todo vive en su memoria, como si el tiempo hubiera decidido quedarse conversando con ella.

Pero no toda historia está hecha de alegrías. Cuando habla de sus hermanos fallecidos, la voz se vuelve más lenta, más frágil, debido a que han muerto tres de los doce hermanos. Una de las pérdidas que más recuerda es la de su hermano Aldo Raúl, víctima de la violencia en Saravena. También, evoca la muerte de otro hermano que había construido una vida después de servir durante años en el Ejército. La historia parece sacada de una novela. *"él tenía una turbo (camión) y viajaba entre Bucaramanga, Bogotá y Medellín"*. En uno de esos viajes, un derrumbe lo atrapó y la tragedia llegó a la familia. Cuando Luz Estela cuenta la historia, siempre termina con

un largo silencio, de esos que solamente producen los recuerdos verdaderos.

El éxito según Luz Estela

Hoy, después de décadas trabajando, criando hijos, cuidando cabros y preparando comida para cientos de personas, alguien podría pensar que el éxito para ella se mide en propiedades o dinero. Cuando le preguntan si se considera una mujer exitosa, responde algo mucho más sencillo. Dice que se siente feliz, contenta y agradecida. No habla de riqueza, no exhibe triunfos, no enumera bienes. Ella habla de tranquilidad y estar rodeada de su familia porque no le gusta la soledad. Aunque no fue la 'más parrandera' sí le gusta escuchar música.

Quizá, por eso, resulta imposible resumir la existencia de Luz Estela Ferreira únicamente como la historia de una cocinera, una criadora de cabros o una campesina. Es mucho más que eso. Es una mujer que creció entre doce hermanos y aprendió a cuidar antes de aprender a soñar. Es una esposa que construyó hogar junto a un hombre trabajador. Es una madre que convirtió el esfuerzo cotidiano en herencia. Es una cocinera que logró que una receta familiar sobreviviera al paso del tiempo y es una narradora espontánea que conserva episodios de la memoria colectiva de Jordán. Todo a la vez.

Y quizá sea precisamente esa la razón por la que quienes llegan a su casa preguntan primero por ella. Porque más allá del cabro, de los corrales y los fogones, está la persona, la mujer que recibe a todos con una conversación, que ofrece un tinto, que recuerda

el nombre de los abuelos y que todavía cree que las cosas deben hacerse con cariño. Ella es una mujer que aprendió que los hogares se sostienen dialogando y dice convencida de que la vida no se mide por lo que se posee, sino por la tranquilidad con la que se vive.

Y mientras el sol continúa cayendo sobre las montañas de Jordán, mientras los cabros regresan lentamente a los corrales y el viento caliente desciende por el cañón, Luz Estela permanece allí, en la misma casa de siempre, tendiendo puentes invisibles entre el pasado y el presente, siendo punto de encuentro y llegada, como si toda su existencia hubiera sido justamente eso: un puente, hecho de memoria, trabajo, familia y afecto. Un puente que, a diferencia de los de piedra, no une dos orillas del río. Sino dos tiempos distintos de la vida.





Murales en San Joaquín

San Joaquín, donde las montañas aprendieron a florecer

En lo más alto de la cordillera santandereana, allí donde las nubes parecen descansar sobre los tejados y el viento trae el aroma de los cultivos recién florecidos, se encuentra San Joaquín, un municipio que parece tejido con hilos de montaña, trabajo y tradición. A diferencia de los pueblos que reposan en los fondos cálidos de los cañones, San Joaquín se levanta entre colinas verdes y ondulantes, como un mirador privilegiado desde el cual la naturaleza contempla el territorio santandereano.

Ubicado en la provincia de Guanentá, al sur de Santander, este municipio se extiende sobre un paisaje de montañas, quebradas y fértiles valles donde predominan los climas templados y fríos. Su territorio rural ocupa la mayor parte de su extensión y se distribuye en numerosas veredas que conforman el alma productiva del municipio. La cabecera urbana, pequeña y acogedora, se organiza alrededor de una plaza principal que sigue siendo el escenario de encuentros, celebraciones y conversaciones cotidianas.

Sus habitantes han construido una identidad ligada profundamente a la tierra. Aquí la vida gira alrededor de las labores agrícolas, la familia y la comunidad. Los ritmos de la naturaleza siguen marcando las jornadas de trabajo y las festividades, mientras las generaciones mayores transmiten a los jóvenes conocimientos, historias y costumbres que han sobrevivido al paso del tiempo.

Si algo distingue a San Joaquín dentro de Santander es su reconocida vocación agrícola. Los campos se cubren de cultivos de mora, tomate de árbol, café, maíz, fríjol y diversas frutas de clima frío. Durante las épocas de cosecha, las laderas se llenan de color y actividad, convirtiendo el paisaje en un inmenso mosaico de verdes intensos y parcelas cultivadas con paciencia campesina.

La cultura local está marcada por un profundo sentido de pertenencia. Las fiestas patronales, las celebraciones religiosas y los encuentros comunitarios continúan ocupando un lugar central en la vida social. La música carranguera y las expresiones folclóricas campesinas acompañan muchas de estas celebraciones, donde la hospitalidad santandereana se manifiesta con generosidad.

La gastronomía refleja la riqueza del entorno rural. En las cocinas sanjoaquinenses es posible encontrar arepas de maíz pelao, tamales, sopas campesinas, carnes preparadas según la tradición regional y una amplia variedad de productos derivados de las frutas cultivadas en la zona, incluyendo dulces, conservas y jugos naturales que conservan el sabor fresco de la montaña.

Para el visitante, San Joaquín ofrece un turismo sereno, alejado del ruido y la prisa. Sus principales atractivos son los paisajes rurales, los senderos que atraviesan montañas y bosques, los miradores naturales desde los cuales se observan extensos panoramas de la cordillera y la experiencia de compartir la cotidianidad de una comunidad campesina que conserva intactas muchas de sus tradiciones.

San Joaquín no pretende impresionar con monumentos grandiosos ni con avenidas concurridas. Su verdadera riqueza está en la sencillez de sus montañas, en la fertilidad de sus tierras y en la calidez de su gente. Es uno de esos lugares donde Santander revela su rostro más auténtico: una tierra donde las nubes bajan a conversar con los cultivos y donde cada amanecer parece inaugurar, silenciosamente, una nueva cosecha de sueños.

Julia
Peña Pérez

Curar heridas de otros, mientras sanaban las propias

"Eso que yo hago es un don que mi Dios me dio, porque yo no tuve estudio para eso. Ni nadie me explicó. Nadie me dio instrucciones".



La mañana cae tranquila sobre las montañas santandereanas. El viento baja desde los filos cargando olor a tierra húmeda, hierbabuena y albahaca recién cortada. En una casa humilde de San Joaquín vive doña Julia Peña Pérez, rodeada de recuerdos, fotografías familiares y de una historia tan extensa que parece confundirse con la memoria misma de la región. Ella es una de esas mujeres que cargan sobre sus hombros dolores que hubieran derrotado a cualquiera, pero que, aun así, encuentran tiempo para servir, ayudar, criar hijos, tender la mano y seguir caminando.

A Julia la conocen como partera, sobandera, artesana, promotora comunitaria, cuidadora de ancianos y madre de trece hijos. Es una mujer que, a sus 82 años, todavía habla del trabajo con el mismo entusiasmo con que otros hablan de los sueños.

Cuando habla de su vida, lo hace sin adornos, de una manera tan sencilla, que parece una de las mochilas que teje por las tardes, como quien ha aprendido que las cosas importantes no necesitan exageraciones.

Nació el 20 de julio de 1944. Y aunque sus manos ya muestran las marcas de una existencia entera dedicada al trabajo, sus ojos conservan una vitalidad difícil de explicar. Quizá porque nunca se permitió quedarse quieta. Quizá porque entendió muy temprano que la única manera de sobrevivir era seguir adelante.

Su infancia estuvo marcada por una herida que todavía la acompaña. Tenía apenas siete años cuando murió su padre, Francisco Caraciolo Peña. A esa edad, cuando otros niños todavía

juegan a perseguir mariposas o aprenden a deletrear las primeras palabras, Julia conoció una ausencia que la acompañaría toda la vida. La muerte de su padre llegó como llegan las tormentas de montaña: sin pedir permiso y dejando todo distinto.

Seis meses después, su madre también se fue. No murió, la abandonó, y para una niña tan pequeña aquella partida tuvo el mismo sabor de la orfandad. A veces, cuando recuerda aquellos días, pareciera que vuelve a ser esa niña de trenzas delgadas que se quedaba mirando el camino, esperando quizá una figura que no regresaría. El tiempo le enseñó a vivir con la ausencia, pero nunca logró borrarla por completo.

Hay dolores que envejecen con uno, que se vuelven parte de la piel y Julia aprendió muy temprano a cargar el suyo. Cada vez que recuerda aquel episodio, su voz se quiebra. Son penas que permanecen intactas, aunque transcurran siete décadas. Fue entonces cuando apareció una mujer llamada María Soler, quien terminó ocupando ese papel de madre que la vida le había arrebatado demasiado pronto.

Sin embargo, el afecto no eliminó las dificultades. La niña Julia dejó la escuela cuando apenas comenzaba a conocer las letras. Alcanzó a estudiar unos pocos días, apenas lo suficiente para aprender algunas nociones básicas antes de que el trabajo se convirtiera en su principal ocupación. Mientras otros niños corrían detrás de una pelota o jugaban por los caminos, ella cocinaba, lavaba ropa, hilaba fique y aprendía las tareas propias de una economía campesina, donde cada mano era necesaria para

sobrevivir. Aquellas jornadas tempranas le enseñaron una lección que repetiría durante toda su existencia. Que el trabajo dignifica, salva y mantiene la mente ocupada cuando la tristeza amenaza con instalarse.

Y esa filosofía terminó convirtiéndose en su manera de entender el mundo. A los 22 años llegó el matrimonio. No fue una historia de cortejos prolongados ni de romances de novela. Eran otros tiempos. Su madre le sugirió que se casara con Jorge Garzón. Ella obedeció. *"Así se hacía entonces"*, dice.

Pronto llegaron los hijos. Uno tras otro, hasta completar trece, seis hombres y siete mujeres: *"Roque, Edelmira, Tomás, Domingo, Emilio, Marcelino, Gercilia, Otilia, Elsa, Dita, Vitor Ángel, y Gilman"*, dice.

Criarlos significó multiplicar esfuerzos, dividir el tiempo en pedazos imposibles y aprender a estirar cada recurso hasta el límite. Todos nacieron en casa, no hubo hospitales, ni clínicas. Tampoco comodidades. Su suegra la asistía durante los partos y, una vez nacía el bebé, la vida continuaba como siempre.

Pero mientras crecía la familia también crecían las dificultades. Los años junto a su primer esposo estuvieron marcados por el sufrimiento, doña Julia no oculta aquella realidad. Habla de agresividad, de momentos difíciles, episodios en los que el alcohol transformaba la tranquilidad del hogar en incertidumbre. Hubo épocas en las que ella y sus hijos tenían que soportar situaciones dolorosas que dejaron profundas cicatrices. Sin embargo, nunca permitió que la amargura definiera su carácter, mientras enfrentaba

sus propias batallas, seguía ayudando a los demás, como si el servicio fuera una forma de resistencia. Ocuparse de los problemas ajenos le ayudaba a sobrellevar los propios.

Quizá por eso ocurrió algo extraordinario. Sin haber estudiado medicina, ni haber asistido a cursos, sin certificados y mucho menos títulos, la comunidad comenzó a descubrir que Julia tenía un don, el de acompañar nacimientos, aliviar dolores. El don de escuchar al cuerpo con las manos. Y así nació la partera, la sobandera, la mujer a quien acudían cuando llegaba la hora de traer un niño al mundo.

Ella misma explica que aprendió observando, ayudando y confiando en la experiencia. El primer parto que atendió fue el de una sobrina llamada Rosalba Pérez. Preparó una infusión de brevo, se la dio a tomar a la parturienta, acompañó el proceso y todo salió bien. Después vinieron muchos más, tantos que perdió la cuenta. Durante años recibió mujeres provenientes de la vereda,



algunas llegaban caminando, otras enviaban aviso urgente para que ella acudiera. Y allá iba, por caminos de tierra, de día o de noche, bajo el sol o la lluvia, porque alguien necesitaba ayuda. También aprendió a acomodar un bebé atravesado en el vientre de su madre, a identificar una articulación dislocada, aliviar los dolores de los niños descuajados, sobar dedos, codos y hombros; todo gracias a una mezcla de observación, intuición y experiencia acumulada.

Cuando le preguntan de dónde vino ese conocimiento, responde de manera sencilla, *"el don que mi Dios me dio"*, una respuesta humilde. Pero, quienes la conocen saben que detrás de esa frase hay décadas de práctica y servicio.

Si la partería fue una de sus escuelas, las plantas medicinales fueron la otra. Su casa siempre está rodeada de matas. Toronjil, romero, hierbabuena, albahaca, manzanilla, mejorana y matricaria, entre otras. Cada una con una historia, con una utilidad. Cada explicación de su uso fue aprendida en medio de la necesidad cotidiana de curar a los hijos cuando no existía facilidad para acceder a medicamentos, así fue construyendo una huerta medicinal que se transformó en una pequeña farmacia campesina.

Cuando un niño tenía malestar estomacal, aparecía la hierbabuena. Cuando había dolor de cabeza, la albahaca o la mejorana. Cuando llegaban los nervios, el cidrón. Y para cada dolencia hay un saber heredado de generaciones enteras.

Su vida comunitaria tampoco se quedó atrás. En aquellos años en los que las veredas funcionaban a punta de solidaridad, participó

activamente en los convites organizados por la Junta de Acción Comunal. Llegaban seis, siete u ocho obreros y ella cocinaba para todos. Preparaba almuerzos, organizaba alimentos, servía la comida. Y cuando el convite era en otra finca, alguien más hacía lo mismo por ella.

Era una época distinta. Una época en la que las personas intercambiaban trabajo en lugar de dinero, un tiempo en la que la palabra todavía valía más que los contratos. Ella la recuerda con nostalgia porque, según dice, esa solidaridad se ha ido perdiendo con los años.

Además de curar y cocinar, también fue artesana. Hiló fique, tejió mochilas y fabricó tiestos de barro. También, construyó hornos para hacer pan. Aprendió mirando, observando, intentando una y otra vez hasta que las manos memorizaban los movimientos. *"Cuando uno quiere hacer algo, algo hace"*, dice y esa frase resume buena parte de su filosofía de vida.

Con los años también llegó la participación en Asocampos, donde impulsó huertas caseras y procesos comunitarios relacionados con la seguridad alimentaria. Sembró zanahoria, remolacha, cilantro, perejil y rábano. Participó en capacitaciones promovidas por la Pastoral Social y vio llegar visitantes de otras partes del mundo interesados en aquellos procesos rurales.

Nada parecía detenerla, ni siquiera la adversidad, porque después de más de veintidós años de convivencia difícil con su primer esposo, la vida le tenía preparada una sorpresa. Volvió a

enamorarse. Se casó con Saúl Rosales Amaya. Y entonces descubrió otra forma de vivir, una convivencia tranquila, respetuosa, serena. Cuando habla de él, su voz cambia. Hay gratitud. *"Era bueno. Dios me premió con darme esa otra oportunidad. Ya no sufrí igual"*, reconoce.

Habla de una segunda oportunidad que Dios puso en su camino. Una oportunidad para conocer la paz que durante años le había sido esquiva. Esa felicidad la acompañó durante años, hasta que nuevamente la muerte tocó su puerta. Su segundo esposo también falleció. Pero, para entonces, Julia ya había construido una fortaleza interior capaz de enfrentar cualquier tormenta. Quizá porque el verdadero tesoro ya estaba a su alrededor: sus hijos y nietos, su familia. Una familia enorme que hoy la rodea y la acompaña, aunque ella misma reconoce entre risas que ya perdió la cuenta exacta de cuántos nietos tiene. Tal vez cincuenta.

Uno de los testimonios más conmovedores sobre su vida proviene precisamente de una de sus hijas, Ana Victoria Garzón. Cuando habla de su madre, no necesita pensar demasiado.

Dice que lo más valioso, ha sido el amor que siempre les entregó, las enseñanzas y el ejemplo. Afirma que mucha gente en la comunidad ha seguido sus pasos porque nunca se negó a colaborar cuando alguien la necesitaba. La describe como una mujer profundamente generosa, capaz de ayudar sin esperar nada a cambio. Y quizá esa es la mejor definición posible de Julia Peña: "Una mujer que siempre estuvo disponible". Y es que ella siempre estuvo disponible para un parto, una sobada, una reunión comunitaria, una novena, una huerta, un anciano necesitado, un vecino enfermo, un hijo preocupado. Para cualquiera que llegara a

su puerta, incluso estuvo disponible cuando Olga, una vecina, llegó con una idea que al principio le pareció descabellada: ser la reina de la comparsa.

Todo ocurrió cuando en plena fiesta de la Virgen del Carmen, se lo propusieron y ella, aunque dudó al principio terminó aceptando y participando activamente de esas actividades que incluyeron estrenar y lucir tres vestidos hechos a su medida, en colores de su gusto y alusivos a lugares relevantes de su municipio como la cueva del indio. Toda su familia llegó para apoyarla y por supuesto, ella estuvo feliz.

Su hija recuerda también aquellas noches en las que ambas caminaban bajo aguaceros para asistir a reuniones, rosarios o novenas. Bajaban por callejones convertidos en lodazales. Llegaban embarradas hasta la nariz, según cuenta entre risas. Pero, asistían sin reclamos, porque lo importante era participar, compartir, construir comunidad. Después venían los momentos de alegría,



las reuniones familiares, los bailes, las novenas navideñas, las casas llenas de gente y conversaciones interminables. Una forma de convivencia que, según ellas, se ha ido perdiendo con el paso del tiempo. A los ojos de su hija, Julia no es únicamente una madre, es una referencia, una brújula, demostración permanente de que cualquier dificultad puede superarse: *"Si ella pudo salir adelante, ¿por qué yo no voy a poder?"*, afirma Ana Victoria Garzón y al preguntársele cómo describir en una breve frase a su madre no duda un instante en contestar que tiene "la mejor del mundo y ahora la reina de todo el pueblo y el mundo".

Y en esa frase cabe toda una herencia, porque los legados más importantes no siempre se transmiten con discursos, a veces se transmiten viviendo, mostrando, persistiendo, levantándose después de caer. Hoy, a sus 82 años, doña Julia sigue convencida de que el secreto de su vitalidad no está en una medicina ni en una dieta especial, está en el trabajo. Se levanta, hace sus oficios, ayuda a quien puede y mantiene ocupada su mente. Continúa llevando alimentos a ancianos que necesitan una mano amiga. Cuando le preguntan por sus logros, no habla de reconocimientos, no recuerda medallas ni menciona homenajes. Habla, en cambio, de haber sacado adelante su casa, de tener un hogar propio, haber criado a sus hijos. Su reconocimiento más importante es haber trabajado honestamente toda la vida sin quitarle nada a nadie. Esos son sus trofeos. Y para ella son suficientes.

Y esa misma laboriosidad sigue siendo inspiración y ejemplo para las nuevas generaciones de la familia y el entorno, pues su hija Ana Victoria le insiste permanentemente a sus hijos que vean en

su abuela el ejemplo a seguir en servicio, solidaridad y don gentes. Haciéndolo todo *"sin esperar nada a cambio"*.

Pero si hay algo que verdaderamente define a Julia Peña Pérez no es haber sido reina, partera, sobandera, artesana o líder comunitaria, es la capacidad de transformar el sufrimiento en generosidad. Eso es lo extraordinario, porque cualquiera podría endurecerse después de vivir el abandono, enfrentar la violencia y asumir sola la crianza de trece hijos, después de tantas jornadas de trabajo. Sin embargo, ella eligió otro camino: servir, ayudar, acompañar y, lo más importante, sanar. Esa elección terminó convirtiéndose en la huella más profunda de su existencia.

Cuando cae la tarde sobre San Joaquín y las sombras empiezan a recostarse sobre las montañas, cuesta imaginar cuántas vidas han pasado por las manos de esta mujer, cuántos recién nacidos respiraron por primera vez bajo su cuidado, cuántos niños dejaron de llorar después de una sobada, cuántas personas encontraron una planta medicinal para aliviar una dolencia, cuántos vecinos recibieron una palabra de ánimo, cuántos ancianos sonrieron al verla llegar con un pan o un vaso de leche.

Quizá nadie podrá contarlos, pero tampoco hace falta, porque las verdaderas huellas no se miden, se sienten y la de doña Julia está sembrada en cada rincón de su comunidad, en sus hijos, nietos y mujeres que aprendieron de ella. En los vecinos que alguna vez recibieron su ayuda, en la memoria colectiva de un pueblo que aprendió a verla como una de las suyas, como una mujer sencilla, buena e imprescindible.

Y mientras su hija la observa caminar todavía por la casa, ocuparse de alguna planta, preparar comida o interesarse por los demás, sigue pensando lo mismo que dijo durante la entrevista: que otra persona como ella es difícil de encontrar. Quizá tenga razón, porque hay personas que pasan por la vida y hay otras que la transforman. Julia Peña Pérez pertenece a estas últimas. Una mujer que aprendió a sobrevivir siendo niña, que se volvió madre para trece hijos, ayudó a traer niños al mundo, curó dolores con las manos y acompañó comunidades enteras y que hoy, cuando la edad podría servirle de excusa para descansar, sigue defendiendo el valor más importante de todos: ayudar al otro. Ese es su verdadero legado.

Hoy, cuando el sol comienza a esconderse detrás de las montañas de San Joaquín y la tarde se vuelve dorada sobre los caminos que tantas veces recorrió, Julia Peña sigue allí. A veces junto a una mata de hierbabuena, conversando con algún vecino, o mirando en silencio el ir y venir de su familia. La niña que alguna vez conoció el abandono terminó rodeada de hijos, nietos, recuerdos y afectos. La vida, de alguna manera, terminó devolviéndole algo de aquello que le había arrebatado. Quizá por eso su historia no es solamente la historia de una mujer campesina, es la historia de una semilla que resistió las sequías, los vientos y las tormentas; que muchas veces estuvo a punto de quebrarse, pero que decidió seguir creciendo y, al crecer, dio sombra, frutos, refugio.

Mientras exista alguien que recuerde una sobada que alivió un dolor, un consejo oportuno, una planta medicinal entregada con cariño o un niño que llegó al mundo bajo su cuidado, Julia

seguirá habitando estas montañas, no solamente en la memoria, también en el corazón de quienes tuvieron la fortuna de conocerla. Y mientras exista alguien que recuerde una de sus historias, una de sus enseñanzas o uno de sus gestos de bondad, la huella de Julia Peña Pérez seguirá viva en las montañas de San Joaquín, como esas luces que permanecen encendidas mucho después de que cae la noche.



Edilma
Muñoz Quintero

Servir caminando entre montañas

"A mí me gustaba colaborar, dar consejos y opiniones. La gente me contaba cosas personales y ellos quedaban agradecidos, porque yo les daba una idea de cómo salir. Esa ideología de uno: el que no vive para servir no sirve para vivir".



«El que no vive para servir, no sirve para vivir». La frase parece sencilla, casi una de tantas que se escuchan en los campos santandereanos. Pero cuando se escucha en la voz de Edilma Muñoz Quintero, adquiere el peso de una vida entera entregada a los demás. Una existencia hecha de madrugadas, caminos de herradura, vacunas cargadas en un termo, reuniones comunitarias, consejos dados en silencio y una obstinada defensa de la gente humilde.

A sus 73 años, Edilma Muñoz Quintero mira hacia atrás y encuentra una historia que no fue edificada en oficinas ni en escenarios de reconocimiento público. Está escrita en los senderos de la vereda San Cayetano, en las cocinas campesinas donde enseñó nutrición, en las madres que aprendieron prácticas de higiene, en los niños que alguna vez huyeron para evitar una vacuna y hoy la saludan con cariño por las calles de San Joaquín.

Su historia comienza mucho antes de que fuera promotora de salud, líder comunitaria o presidenta de una organización campesina. Comienza en una casa campesina donde el trabajo era ley y, donde la solidaridad era una forma cotidiana de vivir.

La niña que nació entre montañas

El 22 de octubre de 1952, en la vereda San Cayetano del municipio de San Joaquín, nació una niña bajo la asistencia de una partera conocida como doña Trinidad de Salamanca. En aquella época los hospitales eran un lujo, muy lejano para las familias campesinas, y los nacimientos llegaban al mundo entre fogones de leña y manos expertas que habían traído decenas de vidas al campo santandereano.

Era hija de Luis Francisco Muñoz y Aura María Quintero, y creció en una familia numerosa de trece hermanos. El hogar estaba



lleno de voces, tareas y responsabilidades. Cada hijo tenía un lugar y una función dentro de una dinámica donde el trabajo era tan natural como respirar.

La niñez de Edilma tuvo el color de las montañas después de la lluvia. Las madrugadas llegaban envueltas en neblina, y desde la cocina de leña se escapaba el olor tibio del café recién colado, mientras el campo despertaba lentamente. A esa hora, cuando apenas cantaban los gallos, y las sombras todavía cubrían los potreros, ella ya sabía que el día sería largo.

Sus manos pequeñas aprendieron muy pronto el peso del trabajo. Mientras otras niñas soñaban con muñecas, ella aprendía el lenguaje del fique, de la tierra húmeda y de los caminos polvorientos. Sin embargo, nunca sintió que la vida le estuviera quitando algo. De alguna manera, aquellas jornadas fueron tejiendo en silencio el carácter firme con el que más tarde enfrentaría los desafíos de la vida.

Años después, cuando mira hacia atrás, no recuerda el cansancio. Recuerda las risas de sus hermanos corriendo entre los cultivos, los

atardeceres pintados de naranja sobre las montañas de San Joaquín y la voz de su madre llamándolos para compartir la cena alrededor de una mesa sencilla donde nunca sobró riqueza, pero tampoco faltó cariño.

Apenas tenía siete u ocho años cuando ya escarmenaba fique, hilaba, devanaba y ayudaba a preparar la fibra para que las máquinas la rasparan. También, participaba en el lavado y secado.

El trabajo comenzaba muy temprano y ocupaba buena parte de los días. Los domingos, cuando otros niños imaginan descanso, ella acompañaba a su familia a recoger leña para toda la semana. El agua tampoco llegaba por tuberías,había que cargarla desde quebradas o aljibes. Si un recipiente se rompía por descuido, venía el regaño inmediato. La vida era exigente y rigurosa.

Sin embargo, cuando recuerda aquellos años no habla desde la amargura: *"vivíamos trabajando, pero se la pasaba uno feliz"*.

Después del trabajo estaban los juegos improvisados en la cancha que quedaba a un kilómetro de la casa. Sentía emoción al escuchar por primera vez un radio que había comprado una de sus hermanas. Allí podía oír los programas de Radio Recuerdos y Radio Sutatenza acompañando las faenas del fique. Mientras las manos trabajaban, la música les enseñaba que el mundo era mucho más grande que aquellas montañas. Y en medio de todo eso estaba la figura determinante de su madre.

La herencia invisible de doña Aura

Si alguien busca el origen del liderazgo de Edilma, tendrá que remontarse inevitablemente a Aura María Quintero, quien fue presidenta de la Junta de Acción Comunal de su vereda. Organizó convites, promovió la construcción de la escuela rural y movilizó a



toda una comunidad para abrir caminos donde antes solo existían trochas.

Aquellos convites eran auténticas fiestas del trabajo colectivo. Un vecino llevaba papas, otro aportaba yuca y alguien más conseguía la carne. Las mujeres cocinaban enormes ollas de sancocho, mientras los hombres cargaban materiales y levantaban muros. Los niños también participaban. Entre ellos estaba Edilma.

"Pues sí, nosotros íbamos con mi mamá, nos gustaba ir a trabajar también. Pequeños, pero aportábamos. Crecimos con esa ideología y nos quedamos con esa idea, porque nos gustaba colaborar y que la gente estuviera, recibiera el servicio", recuerda.

Todavía evoca las largas caminatas y las horas transportando materiales para la escuela que soñaba la comunidad. Recuerda cargar pesadas tejas de 'Eternit' por senderos difíciles, llegar cansada, comer junto a los demás trabajadores y luego ponerse a jugar baloncesto como si el agotamiento desapareciera de golpe.

Su hermana, María Elena Muñoz Quintero, asegura que la vocación de liderazgo venía desde generaciones atrás. La familia entera creció viendo a su madre organizar reuniones, gestionar proyectos y trabajar por los demás. Aquella escuela levantada por la comunidad se convirtió en una de las primeras lecciones sobre el valor del servicio colectivo.

Sin saberlo, Aura María estaba sembrando en sus hijos una semilla que nunca dejaría de crecer.

Doña Aura no dejó grandes riquezas materiales. Su herencia fue mucho más valiosa y duradera. Sembró en sus hijos la certeza de que una persona vale por lo que hace por los demás.

Edilma todavía parece verla caminando de casa en casa, convocando vecinos para los convites, animando reuniones comunitarias y buscando soluciones donde otros solo encontraban dificultades. Sin proponérselo, aquella mujer campesina les enseñó a sus hijos que la comunidad era una gran familia y que el bienestar propio tenía sentido únicamente cuando podía compartirse con los demás. Quizás por eso, muchos años después, cuando Edilma debió tomar decisiones difíciles, encontró respuestas en aquellas enseñanzas sencillas aprendidas junto al fogón familiar.

El concurso que cambió su destino

La oportunidad para Edilma llegó cuando era joven. Las autoridades de salud buscaban personas para formarse como promotoras rurales. Era una iniciativa novedosa para una región donde la atención médica apenas lograba llegar a las veredas más apartadas.

Su madre escuchó sobre la convocatoria y la animó a presentarse. Edilma concursó. También lo hizo una de sus hermanas, pero, fue ella quien resultó seleccionada.



La enviaron a Mogotes, junto a cerca de cuarenta participantes procedentes de varios municipios. Durante tres meses

recibió capacitación en primeros auxilios, atención primaria, vacunación, curaciones, partos y promoción de la salud comunitaria. Todo estaba cubierto: el transporte, los materiales y la formación.

Al finalizar recibió una bonificación de cien pesos. Hoy parece insignificante. Pero, en aquella época representaba una oportunidad enorme, más importante aún, fue descubrir su verdadera vocación. Mientras otras personas aprendían procedimientos médicos, Edilma encontró una misión, comprendió que la salud no dependía únicamente de medicamentos.

Supo desde el comienzo que estar sanos tenía mucho que ver con la educación. Eso significaba enseñar, escuchar y caminar.

Su trabajo comenzó en las veredas. Cada mes debía visitar alrededor de cien familias. Tenía que identificar problemas, impartir charlas, elaborar informes, promover hábitos saludables y atender situaciones que surgieran en el día a día.

No existían carreteras adecuadas, tampoco facilidades tecnológicas. Todo se hacía a pie, con una libreta en la mano, conocimiento básico y mucha voluntad.

Durante años caminó senderos rurales cargando un termo con vacunas. Visitaba casa por casa, aplicaba inyecciones, atendía curaciones, ayudaba en partos y enseñaba prácticas de higiene. Explicaba por qué era necesario hervir el agua y disponer correctamente las basuras.

Al principio no fue fácil. Algunas personas respondían que nadie había muerto por beber agua sin hervir o por mantener ciertas costumbres. Pero ella insistía, no imponía y convencía con un método que era sencillo.

Llegaba a una casa y, antes de empezar cualquier charla, ayudaba en los oficios. Colaboraba con los animales, con el almuerzo o

con cualquier labor que estuvieran realizando. Mientras trabajaba, conversaba. Mientras conversaba, enseñaba. Mientras enseñaba, construía confianza.

Ese fue quizá el secreto de su éxito. Nunca habló desde arriba. Siempre habló desde el mismo nivel de quienes la escuchaban.

Los caminos podían ser empinados, el sol inclemente o la lluvia interminable. Había días en que las botas terminaban cubiertas de barro y el cuerpo agotado. Sin embargo, bastaba llegar a una vivienda y encontrar una madre preocupada por su hijo o un anciano necesitado de atención para que desapareciera cualquier señal de cansancio.

En aquellos recorridos entendió que la salud no siempre estaba en una inyección o en una medicina. A veces estaba en una conversación tranquila, en una palabra de aliento o simplemente, en la certeza de que alguien se preocupaba por escuchar. Por eso muchos campesinos no la recuerdan únicamente como promotora de salud. La recuerdan como una amiga.

La enfermera, la consejera y la confidente

Con el tiempo la comunidad comenzó a buscarla, no solo para aplicar vacunas o realizar curaciones. También, para contarle sus problemas. Muchas personas encontraban en ella una interlocutora confiable. Las mujeres le hablaban de conflictos familiares, los jóvenes le contaban preocupaciones y las madres compartían angustias.

Los vecinos buscaban orientación. Edilma suele decir que terminó siendo *«psicóloga de todo»*. No porque hubiera estudiado psicología, sino porque aprendió a escuchar y, en muchas ocasiones, *"escuchar puede salvar tanto como una medicina"*.

Le tocó conocer historias difíciles, casos de violencia intrafamiliar, problemas económicos, situaciones profundamente dolorosas.

Sin embargo, jamás se dejó consumir por esas cargas. Su satisfacción llegaba cuando una situación encontraba solución, cuando una familia lograba salir adelante o alguien recuperaba la esperanza. Entonces sentía que había cumplido con su deber.

Nada de aquello fue sencillo. Mientras atendía decenas de familias, también era esposa y madre de cinco hijos: María Esperanza, Nora Yamid, Freddy Augusto, Edinson y Elber Francisco Merchán.

Las jornadas comenzaban antes del amanecer. A veces se levantaba a las cuatro de la mañana, preparaba alimentos, organizaba la casa y dejaba listo lo necesario para los obreros y la familia. Luego salía a recorrer veredas enteras.

Al regresar, aún la esperaba el trabajo doméstico. Su esposo, Luis Evelio Merchán, fue un apoyo importante durante esos años. Cuando el cansancio la hizo pensar en renunciar, él insistió en que continuara. Gracias a ese respaldo logró mantenerse hasta alcanzar la pensión después de décadas de servicio.

No obstante, la vida también le presentó dolores profundos. Perdió a un hijo a causa del cáncer. Años después perdió a su esposo. Golpes que habrían derrumbado a muchas personas. Pero, ella siguió adelante, porque había algo más fuerte que la tristeza: el compromiso con la vida.

La dirigente que aprendió a defender

Cuando se pensionó, muchos habrían esperado verla descansar. No fue así. Continuó vinculada a los procesos comunitarios, como

había ocurrido desde niña y de la manera que había aprendido de su madre, como había enseñado durante décadas.

Participó activamente en Asocampo, la Asociación de Pequeños y Medianos Productores Rurales de San Joaquín. Allí encontró otro frente para servir a su comunidad. La organización impulsó proyectos agrícolas, capacitaciones y procesos asociativos. Promovió la creación de huertas caseras y desarrolló formación en culinaria, modistería y producción rural.

Su hermana María Elena recuerda con orgullo proyectos que generaron empleo para mujeres y campesinos, como la microempresa de hilado de fique que llegó a reunir más de veinte trabajadores. También, resalta la construcción de la Casa Campesina, concebida para brindar hospedaje, espacios de reunión y apoyo a estudiantes rurales.

Aunque varios de esos esfuerzos enfrentaron obstáculos y desilusiones, Edilma nunca perdió la convicción de que la organización comunitaria es indispensable para el desarrollo de los territorios.

Hay una expresión que aparece repetidamente cuando se habla de Edilma. *«No come cuento»*. Ella misma explica que siempre ha preferido estudiar los temas antes de hablar. Le gusta leer decretos, analizar información y verificar los hechos antes de emitir una opinión. Esa característica la llevó a involucrarse en diversas luchas comunitarias.

Defendió las fuentes hídricas del municipio, participó en movilizaciones contra proyectos que consideraban perjudiciales para el territorio, buscó información, convocó reuniones y promovió el debate informado. Algunas personas la calificaron de conflictiva, otras de incómoda. Ella simplemente pensó que

estaba haciendo lo correcto. Para Edilma el liderazgo no consiste en agradar a todos, consiste en decir la verdad cuando hace falta.

Una familia construida desde el ejemplo

Quizá uno de los mayores orgullos de Edilma no esté en los reconocimientos comunitarios, está en sus hijos. Con esfuerzo logró apoyarlos en sus estudios. Sus hijas se formaron como docentes, uno de sus hijos estudió arquitectura, otro se especializó en sistemas y encontró en la música una pasión profesional.

Ella suele afirmar que aplicó en su hogar todo aquello que enseñaba en las comunidades: la alimentación saludable, educación, disciplina y responsabilidad.

Por eso, siente que una parte de su legado continúa viva en quienes vienen detrás. No únicamente en sus hijos, también en sus nietos. Y ahora, con emoción, en la llegada de una bisnieta.

Cuando su hermana María Elena Muñoz Quintero habla de Edilma, no lo hace desde la admiración distante, habla desde la complicidad de una vida compartida.

La describe como una mujer dedicada principalmente al servicio de la salud, siempre comprometida con las comunidades rurales y con las personas que más necesitaban apoyo. Señala que entre ambas siempre ha existido una relación de acompañamiento mutuo dentro de los procesos comunitarios.

También recuerda que actualmente Edilma preside la asociación campesina que ellas mismas ayudaron a fortalecer durante décadas. Una tarea que ha asumido incluso cuando muchos líderes han envejecido y cuando los jóvenes participan cada vez menos en los espacios organizativos.

Para María Elena, la historia de su hermana no puede separarse

de la historia familiar. Es parte de una cadena, una herencia de liderazgo que inició con su madre, que pasó por hermanas como Lucinia y que sigue viva en Edilma.

Es por eso, que aún hoy en día, cada que amanece en San Joaquín, Edilma sigue levantándose temprano, reza el rosario, camina entre sus plantas y observa el café crecer.

Más tarde, atiende reuniones cuando las hay, escucha a quien necesite hablar. Ya no recorre las veredas con un termo de vacunas, no visita cien familias al mes, porque las fuerzas físicas no son las mismas. Pero, hay cosas que no envejecen, su vocación de servicio, responsabilidad, solidaridad y la convicción de que una comunidad puede ser mejor cuando alguien decide pensar en los demás.

Al final, la historia de Edilma Muñoz Quintero no es solamente la historia de una mujer de San Joaquín. Es el recuento de una generación de campesinas que aprendió a trabajar antes que, a descansar, que convirtió la dificultad en fortaleza y entendió que el liderazgo no consiste en ocupar cargos, sino en ponerse al servicio de los otros.

Edilma nació entre montañas, creció cargando agua, leña y fique. Después cargó vacunas, conocimientos y esperanzas. Más tarde cargó responsabilidades comunitarias, dolores familiares y luchas sociales. Y aun así siguió caminando, porque hay personas que dejan huella por las obras que construyen, otras por las palabras que pronuncian y algunas, muy pocas, dejan huella simplemente porque entregan toda una vida a servir.

Esa es, quizás, la mejor manera de resumir a Edilma Muñoz Quintero: una mujer que convirtió el servicio en destino, la verdad en bandera y la comunidad en su familia más grande. Allí, en la memoria de quienes recibieron una vacuna, un consejo, una visita



o una palabra de aliento, permanecerá viva mucho tiempo después de que sus pasos dejen de recorrer los caminos de San Joaquín.



Galería a cielo abierto - San Gil

San Gil, el corazón que late entre montañas y ríos

Hay ciudades que se construyen alrededor de una plaza, otras entorno de un puerto o de un camino. San Gil, la capital de la provincia de Guanentá, parece haberse construido alrededor de la aventura. Entre montañas verdes, cañones profundos y ríos de aguas inquietas, esta ciudad santandereana ha crecido como un puente entre la tradición colonial y el espíritu inquieto de quienes buscan descubrir el territorio.

Ubicada en el sur de Santander, a unos 1.100 metros sobre el nivel del mar, San Gil se extiende sobre una geografía privilegiada donde confluyen los ríos Fonce y Mogoticos. Desde las alturas que rodean el municipio, el paisaje se asemeja a una inmensa alfombra verde bordada por quebradas, cultivos y caminos que serpentean entre las montañas. Su posición estratégica la ha convertido durante siglos en el principal centro político, administrativo, comercial y de servicios de la provincia de Guanentá.

Con una población que supera los 50.000 habitantes, San Gil es una ciudad dinámica que conserva el encanto de un gran pueblo. Sus barrios se expanden alrededor del centro histórico, donde las calles empedradas, las casas de fachadas blancas y los balcones floridos recuerdan la herencia colonial que aún respira en cada rincón. Allí, la vida cotidiana fluye entre mercados campesinos, estudiantes, comerciantes, viajeros y familias que han encontrado en esta tierra un lugar para prosperar.

La cultura sangileña refleja la esencia santandereana: laboriosa, franca y profundamente orgullosa de sus raíces. Las festividades religiosas, los encuentros artísticos, las ferias y las celebraciones populares siguen siendo espacios donde se fortalece el tejido comunitario. En los parques y plazas todavía sobreviven las tertulias bajo la sombra de los árboles, mientras las nuevas generaciones conviven con tradiciones transmitidas por décadas.

La gastronomía es un fiel retrato del carácter regional. En las mesas de San Gil conviven el sabor intenso de la carne oreada, el cabro, la pepitoria y las arepas de maíz con una gran variedad de dulces, postres y productos derivados del café y de las frutas de la región. Los mercados locales exhiben con orgullo los frutos de las montañas cercanas: cítricos, café, guayabas, piñas y hortalizas que alimentan tanto a la ciudad como a los visitantes que llegan de todas partes.

Pero si algo ha dado reconocimiento nacional e internacional a San Gil es su vocación turística. Conocida como la capital colombiana de los deportes de aventura, la ciudad ha convertido su exuberante geografía en un escenario privilegiado para el rafting sobre el río Fonce, el parapente sobre los cañones, el torrentismo en cascadas y las rutas de senderismo por antiguos caminos reales. A pocos kilómetros se encuentran joyas patrimoniales como Barichara, Curití, el Parque Nacional Natural Serranía de los Yariguíes y la imponente Cueva de la Vaca, que complementan una oferta turística diversa y fascinante.

Sin embargo, más allá de la adrenalina y los paisajes, San Gil posee un encanto difícil de describir. Es el murmullo de los ríos atravesando la ciudad, el aroma del café recién preparado al amanecer, la música que se escapa de los balcones y la hospitalidad de una comunidad que recibe al visitante como a un viejo amigo.

San Gil es mucho más que la capital de Guanentá. Es una puerta abierta a las montañas de Santander.

Alba Rosa
Abaunza Mateus

La mujer extraordinaria que nunca se detiene

"A mí me gustó, realmente me gustó. Para mí, el trabajo social corre por mis venas".



Hay personas que parecen caminar por la vida con un reloj distinto al de los demás. Mientras la mayoría busca un momento para descansar, otras están pensando en el siguiente proyecto, buscando resolver un problema y tienen una libreta llena de ideas, nombres y tareas. Muchas esperan reconocimiento, otras están ocupadas sirviendo.

Alba Rosa Abaunza Mateus, sangileña por adopción hace más de 45 años, es una de esas personas. A sus casi setenta años, nació el 26 de octubre de 1957, sigue levantándose con la misma disciplina de las muchachas campesinas de antaño, caminando por los caminos rurales como si la edad fuera apenas un dato administrativo y continúa convencida de que la mejor manera de vivir consiste en ayudar a otros.

Quienes la conocen saben que existe una constante en su historia: nunca ha sabido quedarse quieta. Su esposo, José Gerardo Jaimes Flórez, lo resume con una frase sencilla, pronunciada después de más de cuatro décadas compartiendo la vida con ella: *"Alba Rosa es una mujer extraordinaria porque siempre está haciendo extras. No para. No se cansa"*.

Esa definición parece sencilla, pero encierra toda una existencia. Porque para entender quién es esta mujer hay que regresar muchos años atrás, hasta los caminos polvorientos del sur santandereano, cuando era apenas una niña cargando una gallina demasiado pesada para sus pequeños brazos.

La niña que venía caminando cinco horas

Antes de convertirse en líder social, promotora comunitaria, emprendedora, voluntaria, impulsora de proyectos o defensora

de las causas de otros, fue simplemente una niña campesina de la provincia veleña.

Nació en un una familia numerosa. Hija del hogar conformado por Alberto Abaunza Mateus y Carmen Elisa Mateus Fuentes. Doce hermanos compartieron la misma mesa, los mismos afanes y los mismos sueños. Una casa donde el trabajo era una obligación cotidiana y donde la palabra de los padres tenía el peso de una ley indiscutible.

De aquella época conserva recuerdos que el tiempo no ha podido borrar. Uno de ellos le provoca todavía carcajadas. Ella tendría menos de seis años cuando emprendió, junto a su madre, un largo recorrido desde su vereda hasta Sabana Grande hasta una vereda de Sucre. Eran cerca de cinco horas caminando por por senderos destapados. Su abuela, Lucía Puentes, le regaló una gallina. Aquel día el sol caía a plomo sobre los caminos de tierra de Sucre. La pequeña Alba Rosa apenas alcanzaba a sostener entre sus brazos un animal tan grande que parecía ocupar todo su cuerpo. El ave aleteaba inquieto mientras ella trataba de seguirle el paso a su madre por trochas empinadas, bordeadas por cercas de madera y pastizales que se mecían con el viento tibio de la tarde. Las horas transcurrían lentas, los brazos le ardían, las piernas le temblaban. Cada curva del camino parecía anunciar otra cuesta interminable. Cuando sintió que ya no podía más, miró a un lado, respiró profundo y, en un acto de absoluta desesperación infantil, dejó escapar a la gallina por una pequeña loma cubierta de rastrojo. La vio perderse entre los matorrales mientras continuaba caminando con el corazón acelerado y el secreto guardado en el pecho.

Durante el resto del trayecto cargó un peso mucho mayor: el miedo a la reacción de su madre cuando descubriera la verdad. Guardó el secreto durante varias horas. Solo cuando ya estaban llegando y su madre preguntó por el animal, confesó que «se había soltado». Cada vez que recuerda la historia sonríe. Pero detrás de aquella anécdota hay algo más profundo. Está la imagen de una infancia campesina donde nada resultaba fácil.

Los años en que las niñas no tenían tiempo para ser niñas

La infancia de Alba Rosa transcurrió entre fogones de leña, café tostado, madrugadas y responsabilidades. Cuando hoy habla de aquellos años no utiliza palabras amargas. No hay resentimiento, pues sólo conserva gratitud, reconoce que fueron tiempos duros, pero también tiempos que la formaron. Siendo una de las mayores, a los siete años ya preparaba desayunos, cocinaba, organizaba labores domésticas, aprendía a administrar una casa mientras otras niñas apenas estaban descubriendo los juegos.

Antes del amanecer ya estaba en pie, avivando las brasas del fogón de leña. El humo azul ascendía lentamente hacia las tejas de barro, impregnando la casa con el aroma del café recién tostado. Las ollas ennegrecidas colgaban de las paredes y el sonido de los cucharones golpeando el metal marcaba el inicio de una nueva jornada. Allí, entre maíz, yuca, plátano y tazas humeantes, descubrió que alimentar a una familia era mucho más que preparar comida. Era una manera silenciosa de cuidar, de acompañar y de construir hogar. Las responsabilidades llegaron temprano, pero también le enseñaron una disciplina que terminaría acompañándola toda la vida.

Mientras el resto de hermanas y sus dos hermanos, iban al campo con azadón en mano, ella encontró refugio en la cocina. Allí desarrolló una habilidad que la acompañaría toda la vida. Aprendió a transformar ingredientes en alimento y supo que alimentar a otros también es una forma de amar; que servir puede convertirse en una vocación. Quizás fue allí, entre tazas de café y ollas humeantes, donde comenzó a construirse el carácter que años después la convertiría en una mujer capaz de liderar procesos comunitarios y acompañar a cientos de personas a cumplir sus propios sueños, porque algunas vocaciones no nacen en universidades, surgen entre los oficios sencillos de la vida.

El milagro de la educación

Hubo un momento que cambió su historia, quizás sin saberlo, sin imaginar las consecuencias. Fue cuando apareció la oportunidad de seguir estudiando. Ella quedó al cuidado de una tía en la cabecera municipal de Sucre y pasó por diferentes escuelas hasta que terminó la primaria que era lo que estaba culturalmente aceptado especialmente para las mujeres. La educación para una muchacha campesina de aquella época no era un camino asegurado, era un privilegio escaso, pero, llegaron personas que creyeron en ella. Entre todas destaca una figura que menciona con emoción evidente: el sacerdote Jaime Mitchell. Gracias a él y al apoyo del Instituto Agropecuario para Campesinos Adultos de Zapatoca, una experiencia formativa de la Pastoral Social de la Diócesis de Socorro y San Gil que lideraron los sacerdotes Ramón y Samuel González Parra, pudo continuar formándose y aquella experiencia la marcó para siempre. No solo recibió conocimientos académicos, también adquirió valores, disciplina, sentido comunitario, conciencia social

y aprendió que una comunidad organizada podía transformar realidades. Aprendió que el liderazgo consistía en servir.

Y aprendió algo que nunca olvidaría: la educación tiene el poder de cambiar destinos. Todavía hoy se emociona cuando recuerda aquellos años. Habla de profesores, compañeros y jornadas de estudio como quien habla de una familia. Porque eso fue exactamente lo que encontró allí, una familia ampliada. Un lugar donde entendió que ayudar al otro podía convertirse en un proyecto de vida.

"Eso fue para mí demasiado importante en la vida. Creo que lo que somos se lo debemos a ellos, de verdad que me emociona mucho este recuerdo. Porque compartíamos mucho con los profesores. La verdad era una familia que estudiaba, que trabajaba, que cumplía comisiones de trabajo, aprendimos muchos valores", recuerda.

Cuando decidió renunciar a sus propios sueños

La mayoría de las personas aprovechan las oportunidades que aparecen, pero ella decidió entregarlas. Cuando terminó su proceso formativo tuvo la posibilidad de seguir estudiando, podía ir a otras ciudades como Pamplona, Bogotá o Tunja, donde seguiría recibiendo el apoyo de Mitchell y construir un proyecto estrictamente personal, pero, tomó un camino diferente. Decidió quedarse para que otros pudieran continuar. Años después todavía habla de aquella decisión con serenidad, no parece considerarla un sacrificio y la entiende como una consecuencia natural de sus convicciones. Mientras otros buscaban ascender, ella buscaba compartir. Aunque otros querían abrir puertas para sí mismos,

ella quería mantenerlas abiertas para los demás y ese gesto explica buena parte de todo lo que ocurrió después porque el trabajo social, en realidad, comenzó allí, en aquella renuncia voluntaria.

La alfabetización fue una de sus primeras escuelas. Como parte de su práctica para poder graduarse del ciclo básico, es decir cuarto de bachillerato (el máximo nivel educativo en el Instituto de Zapatoca), le correspondió trabajar en comunidades rurales del municipio de La Paz, Santander. Visitaba familias, escuchaba historias, enseñaba a leer y escribir y acompañaba personas que nunca habían tenido acceso a la educación. Aquellas experiencias la impactaron profundamente.

Le resultaba difícil entender cómo alguien podía llegar a la adultez sin saber siquiera firmar su nombre. Cada persona que aprendía una letra, cada campesino que lograba escribir, cada mujer que se atrevía a estudiar se convertían para ella en una victoria



colectiva y fue entonces cuando descubrió algo fundamental: La pobreza no solo se mide por la falta de dinero, también se mide por la falta de oportunidades así que decidió dedicar su vida a multiplicarlas. "Si bien es cierto yo no empecé mi bachillerato joven, lo empecé ya adulta, entonces, claro, uno se emociona de ver que sí se puede, que así tengamos los años que tengamos podemos estudiar, ¿no?" comenta con verdadero convencimiento.

Los caminos hacia las veredas eran largos y, muchas veces, silenciosos. Alba Rosa Abaunza recorría senderos bordeados de cafetales, cruzaba quebradas cristalinas y avanzaba por montañas donde el canto de los pájaros eran su única compañía. Al llegar a las casas encontraba hombres y mujeres curtidos por el sol y el trabajo, rostros marcados por décadas de esfuerzo que ocultaban una tristeza discreta: no saber leer ni escribir. Entonces comenzaban las clases. Una letra. Luego otra. Después una palabra entera y entonces ocurría algo extraordinario, los ojos de aquellas personas se iluminaban al descubrir que podían escribir su nombre por primera vez. No era solamente tinta sobre papel, era dignidad, independencia. Era el comienzo de una nueva relación con el mundo.

"Las cosas que aprendíamos en Zapatoca las multiplicábamos realmente y ese trabajo social para mí comenzó allá. Por un gran amigo me vine de Cite, Ricaurte Becerra, él iba y visitaba el trabajo que nosotros hacíamos en la Comunidad del Camino y me decía Alba Rosa, yo quiero que se vaya para San Gil y fue así como llegué a la Pastoral Social (SEPAS) de la Diócesis de Socorro y San Gil".

El hombre que apareció en el camino

Toda gran historia tiene un capítulo de amor y la de Alba Rosa no es la excepción. Conoció a José Gerardo Jaimes Flórez durante una etapa de formación y trabajo comunitario vinculada a la Pastoral Social. Lo recuerda como un hombre respetuoso, atento, joven y, según dice entre risas, un poco 'coquetico'.

"A Gerardo lo conozco en el Instituto del Páramo cuando vine a SEPAS. Y lo conozco con un grupo de compañeros que estábamos haciendo un seminario. Él venía de Onzaga y también estaba recién llegado a trabajar a la Pastoral Social", afirma en su relato. Lo que comenzó como compañerismo terminó convirtiéndose en una vida compartida. Vivieron junto a otros integrantes de procesos sociales en una gran casa de San Gil, compartían gastos, preparaban alimentos, planificaban actividades y construían proyectos. Sin darse cuenta estaban construyendo también una familia. Pasaron los años, llegaron los hijos y luego los nietos. Y mientras los calendarios seguían avanzando, ellos aprendieron el arte más complejo de todos: permanecer juntos.



Cuando se le pregunta a Gerardo por su esposa, responde con humor. Dice que la principal dificultad del matrimonio es que a él se le acaba la energía cuando a ella todavía le sobra. La imagen resulta perfecta, ella acelera, él frena; ella proyecta, él reflexiona; ella quiere atender tres problemas al tiempo, él observa con calma; y en medio de esa diferencia han logrado sostener más de cuarenta y cinco años de vida compartida.

Él la describe como una mujer con inmensas capacidades para el servicio, alguien a quien le afectan los problemas de los demás, que quisiera ayudar en todo. Quizás por eso, su historia de amor no está construida sobre gestos románticos espectaculares, está cimentada sobre algo más sólido que es la admiración mutua.

La mujer que ayudó a construir organizaciones

Durante décadas participó en procesos sociales que dejaron huella en la región. Trabajó con comunidades campesinas, acompañó procesos de formación, participó en iniciativas asociativas y ayudó al fortalecimiento de organizaciones comunitarias y cooperativas.

Recuerda especialmente la creación y fortalecimiento de la cooperativa Coopmujer, una iniciativa enfocada en promover la independencia económica femenina, porque siempre entendió que no basta con hablar de igualdad, también hay que generar oportunidades para que las mujeres puedan construir autonomía económica. Más adelante vendrían experiencias relacionadas con mercados sociales, cooperativismo, asociaciones, trabajo empresarial y actividades comunitarias. En cada escenario repetía la misma fórmula: escuchar, organizar, gestionar, trabajar y volver a empezar.

Los hijos, el verdadero legado

Si algo la emociona profundamente es hablar de su familia, sus tres hijos y nietos. Es decir, la vida que creció alrededor de ella y de Gerardo. A estas alturas de la vida no mide el éxito por el dinero, tampoco por los reconocimientos ni los cargos. Lo valora por la calidad humana de quienes ama. Por eso, cuando habla de sus hijos

Oscar Arnulfo de 44 años, Miguel Fernando de 42 y Andrea próxima a cumplir 40, aparece una tranquilidad que pocas veces se ve en las personas. Siente que hicieron la tarea y lograron transmitir valores; que sembraron principios y las nuevas generaciones que dejan al mundo continúan caminando. Su esposo comparte esa visión. Para él los hijos son la prolongación de la existencia, la manera en que las ideas sobreviven al paso de los años.

Después de décadas de trabajo intenso en San Gil y la provincia llegó otra etapa. Retornar a la vida rural, etapa aparentemente más tranquila. Aunque en el caso de Alba Rosa, tranquilidad no significa inmovilidad. Allí cuidan animales, camina, produce alimentos, transforma café, cacao, hornea galletas y sueña nuevos proyectos. Su rutina sigue comenzando muy temprano: café recién hecho, oración, caminatas, trabajo, producción, gestión y planificación. Todo porque hay personas que jamás aprenden a jubilar el entusiasmo.

El nacimiento de Café Villa Concha

Entre los emprendimientos más recientes hay una historia que tiene algo de gratitud y algo de destino. Todo comenzó durante una etapa difícil. Gerardo estuvo hospitalizado durante más de



cuarenta días en Bucaramanga. Cuando llegó diciembre quisieron agradecer a médicos, enfermeras y personal de salud. Buscaron regalos y nada los convencía, todo parecía costoso e impersonal. Entonces, pensaron en el café producido en la finca. Lo empacaron y compartieron; ocurrió algo inesperado, varias personas comenzaron a preguntar dónde podían comprarlo. Allí nació Café Villa Concha, un emprendimiento que los tiene contentos. No en una oficina o en una rueda de negocios, tampoco en una estrategia de mercadeo, nació de un gesto de agradecimiento y, quizás por eso, continúa creciendo, porque lleva impregnada una historia humana.

Las matas de café crecían aferradas a las laderas como pequeñas guardianas verdes de la montaña. Durante las madrugadas, el rocío descansaba sobre las hojas y el aire fresco descendía lentamente desde las partes altas de la finca. Después de la hospitalización de Gerardo, los granos tostados comenzaron a transformarse en una forma de agradecimiento. El aroma intenso del café recién molido llenaba la cocina mientras preparaban los pequeños paquetes

que entregarían al personal médico. Nadie imaginaba que aquel gesto sencillo terminaría convirtiéndose en un emprendimiento. Cada bolsa llevaba mucho más que café. Llevaba noches de preocupación, gratitud profunda y la certeza de que la vida siempre encuentra maneras de florecer incluso después de los momentos más difíciles.

Una mujer que sigue creyendo

A los casi setenta años, Alba Rosa sigue creyendo en las personas, sobre todo en los jóvenes. También, le da gran valor a la educación y el trabajo comunitario. Mantiene la convicción de que la organización social puede transformar vidas. También le preocupan los problemas actuales, donde hay pérdida de valores, considera que las adicciones generan muchas dificultades familiares. Pero, incluso allí, mantiene la esperanza. No habla desde la resignación, sino desde la acción y la convicción de que siempre existe algo por hacer.

En medio de todas esas experiencias, hay situaciones y anécdotas que se recuerdan con especial interés. Las vidas extraordinarias también necesitan momentos de risa y ella conserva uno inolvidable. Ocurrió en un encuentro comunitario en el municipio de Gámbita en la provincia comunera. Habían preparado una olla inmensa de mute para decenas de personas y faltaba un poco de sal. Alba Rosa encontró un recipiente, tomó un puñado y lo agregó. Luego revolvió. Solo después descubrieron que la supuesta sal estaba mezclada con abundante ají. Más de cincuenta personas terminaron almorzando un mute explosivamente picante. Todos sudaban, algunos lloraban. Pero, al final la risa fue la salvación para

esta líder y la anécdota quedó para siempre, porque incluso las dirigentes más disciplinadas tienen derecho a equivocarse.

Hay una característica que atraviesa toda su historia. Nunca ha perseguido homenajes, tampoco espera aplausos. De hecho, afirma que los verdaderos líderes no deberían depender del reconocimiento. Lo importante, para ella, es que las cosas sucedan, los proyectos funcionen, la comunidad avance. Siempre ha pensado que lo importante es que alguien encuentre una oportunidad, una familia salga adelante, un joven reconstruya su vida. Por eso, cuando el día comienza a despedirse, las montañas se tiñen de tonos dorados y cobrizos; cuando el canto de las aves disminuye poco a poco mientras una brisa suave recorre los cafetales; y desde la finca, el paisaje parece un inmenso mar verde extendiéndose hasta el horizonte, allí están Alba Rosa y Gerardo.

Han pasado más de cuatro décadas desde aquellos primeros encuentros juveniles, pero continúan compartiendo la misma complicidad serena de quienes han aprendido a construir juntos. A su alrededor quedan los frutos de una vida intensa: hijos, nietos, amigos, organizaciones, proyectos y centenares de personas cuya historia se cruzó con la de ellos. Quizás ese sea el verdadero legado de Alba Rosa Abaunza Mateus; no los cargos que ocupó ni los proyectos que lideró. Su legado son las huellas invisibles que dejó en la vida de otros.

Como las semillas que el viento dispersa sobre la montaña, muchas de sus acciones crecieron lejos de su mirada, en lugares donde jamás pidió reconocimiento. Mientras la tarde termina de apagarse sobre las montañas santandereanas, ella sigue observando el horizonte con la misma convicción de aquella niña campesina que soñaba con un

futuro mejor, porque algunas personas envejecen con los años, pero otras, como Alba Rosa, lo hacen sembrando esperanza.

Y cuando algún día alguien pregunte qué dejó esta mujer en su paso por las provincias del sur de Santander, la respuesta probablemente no estará escrita en una placa ni en un reconocimiento oficial. Estará en la memoria de quienes la vieron llegar a una reunión, cargar una idea, impulsar un proyecto o tender una mano. Estará en el recuerdo de quienes recibieron ayuda cuando más la necesitaban. Y estará, sobre todo, en la mirada de ese hombre que la ha acompañado durante cuarenta y cinco años y que todavía la observa con la misma admiración de los primeros tiempos porque después de toda una vida compartida, Gerardo Jaimes Flórez sigue teniendo la misma conclusión: “Alba Rosa es una mujer extraordinaria”.

Y mientras la noche termina de cubrir las montañas santandereanas, ella seguramente ya está pensando en el próximo proyecto, en la siguiente causa o en alguna nueva forma de ayudar. Porque hay personas que envejecen y hay otras, como Alba Rosa, que simplemente continúan sembrando.

Diana
Rodríguez Cárdenas

Ella sabe cómo sembrar esperanza

"Cuando uno encuentra su propósito, encuentra también la paz. Y cuando encuentra la paz, comprende que vino al mundo a servir".



Cada madrugada, cuando buena parte de San Gil aún duerme, una mujer sale descalza a caminar sobre la hierba húmeda de su antejardín. Lo hace antes de que aparezcan las primeras obligaciones del día: proyectos, reuniones, formularios y comunidades que la esperan. Camina despacio. Respira y mira el cielo.

Para Diana Rodríguez Cárdenas, ese pequeño ritual no es una extravagancia ni una moda. Es una manera de volver al origen y recordar que la tierra sigue viva bajo los pies y que los seres humanos, por mucho cemento que construyan, nunca dejarán de pertenecer a la naturaleza.

Quizá por eso, cuando habla, lo hace como quien dispersa semillas. No levanta la voz para convencer, prefiere la paciencia de quien sabe que los cambios verdaderos crecen despacio, igual que los árboles. Y si algo ha hecho durante gran parte de su vida, es sembrar.

Su historia, aunque ligada a Santander, comenzó lejos de esta tierra, en la costa Caribe. Nació en 1972, en Sincelejo, la capital de Sucre, en un hogar donde nunca sobraron las comodidades, pero sí abundaron las personas. Era la octava de doce hermanos: nueve mujeres y tres hombres, hijos de Carmen Elena Cárdenas Torres y Pedro María Rodríguez Banquet.

Su infancia transcurrió entre los sonidos característicos de los barrios costeños: el pregón lejano de los vendedores ambulantes, el ladrido de los perros al caer la tarde, las conversaciones de los vecinos sentados frente a las puertas y el canto de los gallos anunciando cada amanecer.

En medio de aquella multitud familiar, aprendió a hacerse fuerte. Cuando recuerda aquellos años no habla de lujos. Recuerda amor, unión y una familia que podía tener limitaciones económicas, pero que nunca fue pobre en afecto.

En aquellas casas numerosas de la Costa, las risas compartían espacio con las responsabilidades. Había que aprender pronto que la vida era una tarea colectiva.

Su recuerdo más antiguo no habla de juguetes costosos ni de grandes celebraciones. Evoca una pequeña bolsa de Navidad.

Tenía alrededor de cinco años cuando su padre dejó debajo de la cama un regalo sencillo: unos pequeños utensilios de juguete, los famosos *"chocoritos"*, como se les conoce en la costa Caribe. Para cualquier otra niña habría sido un regalo más. Para ella se convirtió en una memoria imborrable, no porque fuera extraordinario, sino porque había que compartirlo.

Doce hijos significaban muchos sueños repartidos bajo un mismo techo. Cada obsequio era un tesoro comunitario. Y quizás ahí, comenzó a gestarse una de las enseñanzas que marcarían su existencia: comprender que las cosas valiosas cobran más sentido cuando se comparten.

Hay personas que desde pequeñas parecen tener una conexión especial con la naturaleza. Diana era una de ellas, mientras otras niñas soñaban con permanecer dentro de casa, ella quería explorar, le gustaba caminar, sentir la tierra, percibir la textura de la hierba y mirar el cielo durante largos ratos.

Muchos años después comprendería que esa conexión temprana con la naturaleza terminaría definiendo buena parte de su vida profesional y espiritual.

Porque para ella la naturaleza nunca fue paisaje. Fue su maestra, refugio y compañera.

Su infancia transcurrió entre juegos tradicionales, escondidas, carreras y largas jornadas familiares. *"Me gustaba caminar descalza",* recuerda con una sonrisa.

En aquellos días, las calles eran escenarios de aventuras y los patios se convertían en reinos imaginarios. Pero, también era una época de disciplina rigurosa. La famosa chancleta y los chamizos hacían parte de los métodos de crianza de muchas familias colombianas. Las tareas del hogar se repartían entre todos y nadie estaba exento de aprender a lavar ropa o ayudar en la cocina.

Aquella educación forjó una mujer trabajadora y resistente.

Diana es una mujer que aprendió desde muy temprano que el servicio no se predica desde los discursos, sino desde las acciones cotidianas.

En la escuela pública encontró dos refugios: las matemáticas y la pintura. Mientras muchos veían números, ella encontraba desafíos. Y entonces, observaba los paisajes y quería retratarlas. Por eso, participaba en olimpiadas matemáticas y concursos de pintura. Coloreaba paisajes una y otra vez. Miraba y pintaba. Miraba y volvía a pintar.

Todavía hoy, en la antigua casa paterna, sobreviven algunos de esos cuadros juveniles que su padre conserva con orgullo. Como si en cada uno hubiera logrado capturar una parte de aquella niña soñadora que observaba el mundo con la misma curiosidad con la que otros leen libros.

En la adolescencia encontró dificultades. Fanática del baloncesto, llegó a perder un año escolar porque prefería las canchas a las aulas. Las prácticas, los entrenamientos y la selección estudiantil, robaron tiempo a las clases. La consecuencia llegó en forma de una calificación insuficiente en ciencias naturales. Fue un golpe importante.

Sin embargo, los caminos de la vida rara vez son rectos. A veces una caída termina convirtiéndose en impulso. Terminó sus estudios en un colegio privado de modalidad comercial, aprendió mecanografía, fortaleció sus habilidades académicas y siguió avanzando.

El viaje hacia Santander

La vida suele transformarse en los momentos más inesperados. A veces basta una conversación, un encuentro, una mirada. Tras vivir experiencias laborales en ciudades como Cartagena y Bogotá, conoció a quien se convertiría en su compañero de vida: un santandereano.

Y, como ocurre en las mejores historias, el amor trazó un camino que ninguno de los dos había previsto. Ese camino la condujo hasta San Gil.

Llegó desde la calidez costeña a una región de montañas verdes, neblinas tempranas y ríos que descienden entre los cañones de Santander. Era un mundo distinto, con nuevos paisajes, costumbres y acentos.

Pero poco a poco ocurrió algo extraordinario, esa tierra empezó a quedarse dentro de ella. Los caminos rurales, las mujeres campesinas, las fincas cafeteras, los cultivos, las montañas y los paisajes del Gallineral.

Todo comenzó a formar parte de su identidad. Hasta que un día comprendió que ya no era solamente una visitante. San Gil se había convertido en hogar. Y ella había echado raíces.

Y fue así que, de repente, dejó atrás el calor de la costa Caribe y las extensas sabanas sucreñas, para arraigarse a San Gil. Lo que comenzó como una decisión familiar terminó convirtiéndose en el encuentro con su destino, porque hay lugares que uno habita y hay otros que terminan habitándolo a uno. San Gil fue eso para Diana.

Con los años, la ciudad dejó de ser una tierra adoptiva para convertirse en parte esencial de su identidad. La llama *"mi perla dorada"*. Y cuando habla de ella, lo hace con el afecto de quien encontró un segundo hogar.

Y es que muchas personas pasan toda una vida preguntándose

para qué vinieron al mundo, Diana cree haber encontrado la respuesta: servir. Esa palabra aparece una y otra vez cuando cuenta su historia. Servir a las comunidades, las mujeres rurales, a quienes necesitan una mano para levantarse.

Descubrir el propósito

Durante casi dos décadas en San Gil ha trabajado acompañando procesos comunitarios, fortaleciendo asociaciones, formulando proyectos y construyendo capacidades en poblaciones rurales. Comenzó trabajando con organizaciones de mujeres campesinas y entendió rápidamente que el conocimiento sólo tiene sentido cuando se comparte.

"Lo que sabes debe circular", dice con seguridad y parece ser una de sus convicciones más profundas. Y así ha vivido.

Quienes la conocen saben que su mayor pasión son las mujeres rurales, a quienes ha visto levantarse antes del amanecer, viendo en sus manos ásperas el trabajo agrícola. Ha escuchado historias cargadas de dificultades económicas, violencia, abandono y sacrificio.

Por eso las entiende, no desde la teoría sino a partir de la cercanía, todas son mujeres que sostienen hogares enteros mientras cargan, al mismo tiempo, las preocupaciones propias y de sus familias.

Recuerda especialmente a una caficultora que conoció en medio de una situación familiar devastadora. Cuando la encontró, su vida parecía derrumbarse. Hoy esa misma mujer tiene un emprendimiento, estabilidad y confianza para seguir adelante. Y cada vez que Diana cuenta esa historia, sus ojos adquieren un brillo especial. Porque para ella los verdaderos reconocimientos no llegan en forma de trofeos. Llegan cuando una persona recupera la esperanza.

Existen logros que se pueden medir en cifras, otros que sólo se miden en vidas transformadas. Diana ha contribuido a la formulación y gestión de proyectos que han permitido fortalecer asociaciones y emprendimientos rurales en municipios como San Gil, Charalá, Pinchote y Ocamonte. Diversas iniciativas productivas lograron acceder a recursos importantes para consolidar sus propuestas económicas y comunitarias.

Muchas veces preguntan por los resultados de los proyectos. Quieren cifras, indicadores, porcentajes, recursos gestionados. Y ciertamente existen números que respaldan años de trabajo. Pero, para Diana hay resultados imposibles de medir. ¿Cómo cuantificar la confianza recuperada por una mujer que vuelve a creer en sí misma? ¿Cómo medir la dignidad recuperada por una comunidad que aprende a gestionar su propio desarrollo? ¿Cómo expresar estadísticamente la alegría de una familia que logra salir adelante?

Esas son las cosechas invisibles, las que no aparecen en los informes, no caben en una hoja de cálculo y que permanecen en el corazón de las personas. Son precisamente esas cosechas las que más valora Diana.

Por eso, manifiesta que sus logros pasan por esas manifestaciones de autonomía, de mujeres que aprendieron a gestionar por sí mismas,



asociaciones que ya no esperan ayuda, sino que salen a buscar oportunidades, como quien enseña a pescar en lugar de entregar el pescado. Ese, dice ella, es el verdadero legado.

"Apoyé a diferentes asociaciones, las postulamos a diferentes convocatorias. Logré sacar cinco proyectos a cinco organizaciones y fueron casi mil millones de pesos. Hoy en día, en Charalá, una organización, tienen ya un lugar precioso donde están organizando turismo no invasivo", dice.

El color de su vida

Si alguien le preguntara qué color representa su vida, respondería sin pensarlo: el verde. Ese tono de los árboles, las montañas, del Parque Gallineral, ese lugar que considera uno de los mayores símbolos de San Gil.

Está convencida de que la humanidad se ha ido alejando de la naturaleza y que parte de las respuestas que buscamos siguen allí, en el agua, en la tierra y en los bosques. Por eso, insiste en que hay que volver a escuchar, respirar y sentir.

Porque, según ella, aún hay esperanza mientras existan personas capaces de proteger un árbol, cuidar un animal o defender una fuente de agua.

A sus más de cincuenta años, no le gusta definirse como una mujer exitosa, prefiere otra palabra: bendecida.

Para ella, el éxito no puede medirse en títulos, propiedades o reconocimientos. La bendición, según sus palabras, se percibe en algo mucho más simple como abrir los ojos cada mañana, respirar y tener una nueva oportunidad de servir.

Y mientras existan comunidades por acompañar, mujeres por fortalecer y sueños colectivos por construir, seguirá levantándose antes del amanecer para caminar sobre el césped húmedo y recordar que, al igual que las semillas, las mejores transformaciones suceden bajo tierra, lejos de los aplausos.

Allí donde nadie las ve. Pero donde, silenciosamente, comienza la vida.

Cuando llegue el momento de mirar hacia atrás, es probable que Diana Rodríguez Cárdenas no recuerde cada reunión, informe o proyecto formulado. Tal vez evoque algo más sencillo: las manos de una campesina agradecida, las lágrimas de una mujer que volvió a sonreír, el abrazo de una comunidad que encontró nuevas oportunidades.

Ella es consciente de que la vida no se mide por los años que pasan, sino por

por las vidas que tocamos. La de Diana ha tocado muchas. Hoy, cuando camina descalza sobre la hierba húmeda al amanecer, mantiene intacta aquella conexión con la tierra que nació en la infancia, mira el horizonte, respira profundamente, escucha el canto de los pájaros y agradece.

Agradece por la familia que la formó, por los tropiezos que la fortalecieron, las personas que encontró en el camino, las montañas que la adoptaron y por el privilegio de haber descubierto aquello que tantas personas buscan durante toda una vida: un propósito.

Porque hay quienes siembran árboles o grandes cultivos. Hay quienes, como Diana Rodríguez Cárdenas, dedican la vida a sembrar esperanza. Y la esperanza, cuando cae en tierra fértil, tiene la costumbre maravillosa de quedarse para siempre.

Guillermina

Arenas Plata

Una vida zurcida con puntada fina

"Yo fui feliz toda la vida. La modistería me sirvió para criar a mi familia. Yo le he sacado jugo a todo".



A veces la vida se parece a una tela extendida sobre una mesa de trabajo. Llega sin cortes, sin patrones y sin instrucciones. Entonces aparecen las manos pacientes, las que aprenden a medir, corregir, remendar y volver a empezar.

La vida de Guillermina Arenas Plata, nacida el 29 de marzo de 1931 en la finca Cabeceras, entre Zapatoca y La Fuente, fue justamente eso: una existencia cosida puntada a puntada, con la firmeza de quien nunca se permite dejar una costura inconclusa.

Cuando evoca su infancia, no habla primero de dificultades sino de felicidad. Y eso resulta sorprendente para quien conoce su historia. Porque aquella niña que vino al mundo asistida por una partera en una finca santandereana perdió muy pronto a su padre, Sebastián Arenas, víctima de una enfermedad que en la época llamaban tiricia.

Apenas tenía unos seis años cuando la muerte llegó a instalarse en la casa. Mientras en una habitación velaban al padre, en otra, su madre daba a luz al hijo menor de la familia. La vida y la muerte compartiendo el mismo techo.

Sin embargo, cuando Guillermina recuerda aquellos años no se detiene en el dolor. Lo que permanece es la imagen de su padre tocando el tiple mientras Carmen Rosa Plata, su madre, preparaba la cena.

Entre los recuerdos más entrañables de Amparo no aparece un juguete costoso ni una fiesta especial. Surge una enseñanza recibida sobre las piernas de su madre mientras ella cosía.

La escena parece detenida en el tiempo. La niña observaba cómo corría el hilo entre las manos de Guillermina cuando esta comenzó a enseñarle el Padrenuestro. Al llegar a la frase "danos hoy nuestro pan de cada día", la pequeña interrumpió la oración. *"¿Solo pan?",* preguntó. Entonces la modista soltó por un momento la tela y le explicó que el pan representaba mucho más que el alimento.

"Me decía que el pan era todo lo que Dios nos provee: la comida, la casa, el trabajo, el amor, el afecto, el descanso. Esa enseñanza nunca se me olvidó", dice.

Quizás por eso, décadas después, cuando sus hijos hablan de ella, hablan tanto de fe como de trabajo. En su vida ambas cosas siempre caminaron juntas.

También recuerda los convites, las reuniones campesinas, las risas y los juegos en los patios enormes de las fincas 'zapatocas'.

Era una niña inquieta. Una vez rompió un costal para sacar piñuelas cuando ya le habían prohibido comer más. Corrió a esconderse debajo de una cama para evitar el castigo paterno. De noche, jugaba al toro con sus hermanos utilizando cachos de ganado y recorría el patio hasta altas horas bajo el frío sereno de la montaña. *"Trabajé mucho, pero fui muy feliz"*, resume ella misma.

La escuela quedaba lejos. Había que caminar cerca de una hora bajo el sol, con alpargatas y ganas de aprender. En aquellas largas caminatas comenzó a revelarse una característica que la acompañaría siempre: la disciplina. La maestra, que también



se llamaba Guillermina, pensó que aquella niña era demasiado pequeña para estudiar. Empezó como asistente y terminó siendo una de las mejores alumnas de la clase.

Pero el destino tenía preparado un camino más difícil. Tras la muerte de su padre, la familia quedó bajo la autoridad de un padrastro que transformó la tranquilidad en sufrimiento. Guillermina aprendió pronto que había personas capaces de destruir la armonía de un hogar. Sin embargo, también descubrió que existían dos herramientas para resistir cualquier adversidad: el trabajo y la fe.

La primera apareció en forma de costura. Desde niña sentía fascinación por los retazos de tela. Robaba pedazos a escondidas para vestir muñecas hechas con tusas de maíz. Mientras otras niñas jugaban, ella diseñaba vestidos imaginarios. Sin saberlo, estaba ensayando el oficio que le daría de comer durante toda la vida.

Cuando llegó el momento de decidir entre continuar estudiando o aprender modistería, eligió la segunda opción. Mucho tuvo que ver el miedo que sentía por el inglés, asignatura que había aprobado gracias a una pequeña travesura académica que después la hizo dudar de sí misma. Entonces entró al taller de Teresa Acevedo, una reconocida modista de Zapatoca.

Allí, aprendió el oficio con una mezcla de ingenio y terquedad. La profesora enseñaba costura, pero no revelaba los secretos del corte. Un día, Guillermina descubrió dónde guardaba el valioso cuaderno de apuntes. Lo escondió bajo sus enaguas, lo llevó a casa y pasó la noche completa copiando cada página a mano. Antes del amanecer volvió a dejarlo exactamente donde estaba. Nadie lo supo nunca. Gracias a aquella noche en vela, aprendió a cortar prendas como los mejores maestros.

Después llegó la sastrería. Aprendió con el exigente Pablo Enciso, tomando apuntes de cada instrucción mientras los demás aprendices confiaban en la memoria. Esa costumbre de escribirlo todo se convertiría en una marca de su vida. Incluso hoy, cercana al siglo de existencia, sigue llenando cuadernos con cuentas, reflexiones, oraciones y recuerdos.

También, fue en una sastrería donde apareció el amor. Bernardo Torres llegó para trabajar temporalmente. Apenas intercambiaban palabras relacionadas con hilos, telas y encargos. Pero el destino, que a veces parece divertirse con las personas, tenía otros planes. Cuando años después Guillermina huyó de los conflictos familiares y buscó trabajo en San Vicente de Chucurí, volvió a encontrárselo. Él la invitó a cine. Luego comenzaron las conversaciones, las comidas compartidas y los sueños en común.

Ella tenía otro pretendiente, Pedro José Uribe. Ambos la querían. Entonces hizo algo que parece salido de una novela campesina santandereana: escribió los nombres de los dos en varios papelitos y los echó en una bolsa. Sacó uno. Decía *"Bernardo"*. Lo volvió a intentar. Salió "Bernardo". Una tercera vez. Nuevamente *"Bernardo"*.

Entre lágrimas, envió un telegrama a Pedro con apenas dos palabras: *"Terminado todo"*. Así comenzó una historia de amor que duraría toda una vida. Se casaron el 29 de febrero de 1961, en la Catedral de Zapatoca, a las cinco de la mañana. Fue una boda sencilla, seguida de un desayuno familiar y una luna de miel en San Gil. Como muchas parejas de provincia, empezaron con más sueños que dinero.

Lo que sí tenían era disposición para trabajar. Compraron la sastrería donde habían sido empleados. Guillermina vendió la casa

heredada de su madre para reunir el capital inicial. Desde entonces, la máquina de coser se convirtió en el corazón económico del hogar. Con ella confeccionó vestidos de primera comunión, uniformes escolares, ropa de matrimonio y pantalones para políticos, comerciantes y campesinos. Con ella alimentó a seis hijos. Con ella enfrentó los meses de vacas flacas y celebró los tiempos mejores.

La hija menor, Amparo Torres Arenas, recuerda que la modistería de su madre era mucho más que un negocio. Era una escuela de vida. Desde sus máquinas enseñó a otras mujeres a coser y a ser independientes. Muchas jóvenes campesinas vivieron en su casa mientras aprendían el oficio. Allí recibían formación, afecto y oportunidades.

La máquina de coser ocupaba un rincón privilegiado de la casa. Allí, entre carretes de hilo, botones, figurines y retazos de tela, transcurrió buena parte de la vida de Guillermina Arenas. Sus hijos



crecieron escuchando el sonido continuo de la aguja atravesando las telas. Era una música doméstica que anunciaba que el sustento del día siguiente estaba asegurado.

Con frecuencia llegaban jóvenes campesinas a la casa buscando aprender costura. Algunas provenían de veredas apartadas y permanecían semanas o meses junto a la familia.

Guillermina les enseñaba a manejar la máquina, a cortar patrones, a bordar y a confeccionar prendas. Pero también les enseñaba algo más importante: la dignidad que otorga un oficio. Muchas de ellas encontraban en aquella mujer menuda y trabajadora una segunda madre.

"Había muchachas que vivían con nosotros. Mi mamá las ayudaba y les enseñaba a coser. Les daba una oportunidad para que fueran independientes", recuerda Amparo.

Sin proponérselo, Guillermina terminó formando generaciones de mujeres que encontraron en la aguja y el hilo una posibilidad de sustento y autonomía. Su hija menor, Amparo Torres Arenas, aún conserva una imagen que resume la esencia de su madre: *"mi mamá nunca dejó de ser madre por trabajar, ni dejó de trabajar por ser madre. Hacía las dos cosas al mismo tiempo. Era una líder en su modistería, enseñaba a otras personas, producía económicamente para la familia y al mismo tiempo estaba pendiente de nosotros"*.

Mientras muchas mujeres de su generación debieron elegir entre el hogar y la independencia económica, Guillermina encontró una manera silenciosa de construir ambos mundos. Su taller era también comedor, escuela, centro de formación y punto de encuentro para la familia.

Las jornadas comenzaban antes del amanecer. A las cuatro de la mañana ya estaba despierta. Lustraba zapatos, preparaba

desayunos, organizaba uniformes, enviaba a los hijos al colegio y después volvía a sentarse frente a la máquina de coser. Allí permanecía horas enteras, interrumpiendo apenas el trabajo para preparar el almuerzo y atender los asuntos del hogar. Luego regresaba nuevamente a las costuras hasta avanzada la noche.

Su hija recuerda que jamás la vio quejarse, *"lo hacía todo con alegría. Todo lo hacía con amor. Era una mujer disciplinada y constante. Todo lo dejaba en manos de Dios, pero nunca dejaba de hacer su parte".*

La escena se repitió durante años: Guillermina levantándose antes del amanecer, preparando uniformes escolares, cocinando, atendiendo a sus hijos y luego sentándose frente a la máquina hasta altas horas de la noche. Cuando vivían en San Gil, muchas veces terminaba un pantalón de madrugada y enviaba a sus hijos a entregarlo al día siguiente. Con ese dinero hacía el mercado familiar.

Sin embargo, quienes la conocen aseguran que su verdadera obra no fue la costura. Fue la formación de una familia.

Uno de sus hijos llegó a ser abogado; varias de sus hijas se graduaron como administradoras de empresas y contadora pública. Todos crecieron bajo un mismo código moral: honradez, disciplina, estudio y fe. *"Mi mamá nos enseñó a ser personas honestas, responsables y trabajadoras",* recuerda Amparo.

Y la fe aparece una y otra vez. Ella le permitió soportar la muerte de sus padres, la sostuvo cuando enviudó, acompañó en las largas jornadas de trabajo y, aún hoy, organiza sus días entre rosarios, misas, lecturas espirituales y diarios personales.

Quienes la visitan la encuentran escribiendo, pintando vírgenes, elaborando collares o recordando viejas historias. Conserva la curiosidad de aquella muchacha que una vez copió un libro entero en una sola noche para poder aprender más. Porque quizás ese ha

sido el rasgo permanente de su carácter: una voluntad inagotable por aprender.

Si alguien quisiera medir el éxito de Guillermina Arenas tendría dificultades para hacerlo con cifras. No acumuló grandes propiedades ni fortunas. Ella misma reconocía que muchas veces apenas alcanzaba para alimentar a la familia y pagar el arriendo. Sin embargo, construyó una riqueza distinta.

Con el producto de cada vestido, de cada uniforme y de cada pantalón cosido, ayudó a formar una familia de profesionales. Todos crecieron bajo las mismas enseñanzas: honradez, trabajo, disciplina y fe.

"Mi mamá nos enseñó a estudiar, a ser personas responsables, honestas y trabajadoras. Nos enseñó a ser independientes sin abandonar nunca la familia", dice su hija Amparo.

No fue una lección impartida desde los discursos, fue vivida, aprendieron observándola, levantarse antes que todos, y acostarse después de todos. Vieron cómo convertía una máquina de coser en una herramienta para abrir caminos. Aprendieron que los problemas nunca fueron excusa para dejar de avanzar.

Hoy, cuando las puntadas ya no pueden correr con la velocidad de antes y las máquinas descansan en silencio, permanece intacta la obra construida durante casi un siglo. No es una casa, ni una empresa, ni una fortuna. Es algo mucho más difícil de lograr, el respeto de quienes la conocieron, la admiración de sus hijos, el recuerdo de cientos de personas que alguna vez confiaron en sus manos.

Es esa rara capacidad de haber atravesado alegrías y dolores sin perder la dulzura.

Por eso, cuando se escucha a Guillermina Arenas Plata hablar

de su vida, no aparecen quejas ni amarguras. Aparece una sonrisa serena y una frase sencilla que parece resumir los noventa y tantos años de su existencia: *"Yo fui feliz toda la vida"*.

Hoy, después de más de nueve décadas de existencia, Guillermina sigue escribiendo en sus cuadernos, rezando el rosario, escuchando la misa diaria, pintando vírgenes, elaborando collares y registrando pensamientos en sus diarios personales.

Las manos ya no tienen la misma fuerza para mover la máquina de coser, pero conservan intacta la costumbre de crear. Sus hijos se han convertido ahora en quienes la cuidan. Y ella observa ese afecto con gratitud.

"Yo creo que soy la madre más consentida del mundo". dice entre risas. "Todas me colaboran". Amparo coincide, "es una mujer honrada, una mujer buena, un ángel en la tierra. Todo lo que logró fue con esfuerzo, con dedicación y con Dios".

Y quizás, esa sea la mejor definición de Guillermina Arenas, una mujer que convirtió los retazos de tela en oportunidades, que transformó el trabajo en servicio, hizo de la fe una forma de caminar y que, durante más de noventa años, fue cosiendo pacientemente una obra mucho más valiosa que cualquier vestido: una familia, una memoria y un ejemplo que permanece.

Cuando cae la tarde y la luz entra suavemente por las ventanas de su casa, es posible imaginar a la niña que corría por los caminos de Zapatoca con las alpargatas llenas de polvo; a la joven que copiaba cuadernos enteros a escondidas para aprender un oficio; a la esposa que apostó su herencia para construir un futuro; a la madre que convirtió una máquina de coser en escuela, sustento y refugio.

El tiempo ha encanecido su cabello y ha serenado sus pasos, pero no ha logrado borrar aquello que la define. Porque hay

personas que dejan huellas en la tierra y otras que las dejan en las vidas de quienes las rodean. Guillermina pertenece a estas últimas.

Cada vestido que confeccionó se gastó con los años, los uniformes escolares se volvieron pequeños, pantalones fueron reemplazados por otros, las máquinas dejaron de sonar. Sin embargo, las verdaderas puntadas de su existencia permanecen intactas.

Están en los hijos que educó con sacrificio y amor, en las mujeres a quienes enseñó un oficio para salir adelante, las oraciones que sembró en el corazón de su familia, los valores que sobreviven al paso de las generaciones.

Su obra nunca estuvo hecha de tela, fue hecha de constancia, fe, generosidad y una silenciosa valentía con la que algunas mujeres sostienen el mundo sin esperar reconocimiento.

Y mientras sus hijos, nietos y bisnietos continúan escribiendo nuevos capítulos de la historia familiar, ella contempla el camino recorrido con la serenidad de quien cumplió su tarea. Porque, al final, la vida de Guillermina Arenas no puede medirse por los años que ha vivido, sino por las vidas que ayudó a construir.

Y cuando algún día alguien pregunte quién fue aquella mujer santandereana que dedicó casi un siglo a trabajar, a creer y a amar, la respuesta no estará en los documentos ni en las fotografías. Estará en la memoria agradecida de quienes tienen la fortuna de llamarla madre, abuela, suegra, tía, amiga o maestra. Allí, donde habitan los afectos que nunca mueren, seguirá viva, como una puntada firme en el gran tejido de la memoria, como esas costuras bien hechas que resisten el tiempo, como las mujeres extraordinarias que, sin proponérselo, terminan convirtiéndose en legado.

María Riguey
Torres Tello
María convirtió la resistencia en semilla

"De niña cabalgaba por los caminos de Altamira detrás de los arreadores de ganado. Mientras los hombres iban atentos al rumbo de las reses, yo miraba las montañas y sentía que el campo era mi lugar en el mundo. Nunca imaginé que esos mismos caminos me enseñaron a resistir, a volver a empezar y a trabajar por otras mujeres campesinas".



El amanecer en Altamira, una vereda del municipio de Simacota, siempre llega despacio. Primero apare una línea dorada detrás de las montañas y, después, la neblina comienza a retirarse lentamente de los potreros como si alguien descorriera una cortina de algodón sobre la cordillera. Los gallos rompen el silencio, los perros despiertan al escuchar los primeros movimientos de las fincas y el rocío convierte cada hoja de pasto en una diminuta lámpara de cristal.

María Riguey Torres Bello, nació en esta vereda el 17 de febrero de 1967 y allí transcurrieron sus primeros años, entre montañas, potreros y amaneceres que parecían pintados sobre las laderas verdes de la serranía. Cada uno de sus paisajes, son esencia de una mujer cuya vida parece tejida con los mismos hilos que sostienen el mundo campesino: trabajo, perseverancia, arraigo y esperanza.

Y aunque su vida inició en esta vereda, su vida actual discurre entre proyectos productivos y trabajo comunitario en favor de la mujer en el municipio de San Gil, con una energía y vitalidad que parecen tener la intensidad del raudo caudal del Fonce en su paso por la capital de la provincia de Guanentá.

María siempre ha sido una mujer inquieta. Nació en una época distinta, cuando los niños crecían con el cielo como techo y los caminos eran la mejor escuela para entender el mundo.

Mientras otras niñas permanecían cerca de casa, ella prefería seguir a los ganaderos que arreaban el ganado desde las partes altas de la montaña hasta los lugares donde los camiones aguardaban para llevar los animales rumbo a Bogotá. Montada sobre un caballo rojizo llamado 'Coral', recorría senderos de polvo y piedra, sintiéndose parte de aquella aventura cotidiana. Todavía hoy, recuerda su potrillo con la misma ternura con la que se recuerda a un amigo de infancia.

El caballo avanzaba entre barrancos y potreros mientras las

primeras luces del amanecer encendían las cumbres. Las reses levantaban pequeñas nubes de polvo y el eco de los gritos de los vaqueros se confundían con el canto de los pájaros.

A su padre no le gustaba verla en aquellas actividades. *"Eso es para hombres"*, recuerda que le decía su progenitor.

Pero, María nunca entendió de fronteras impuestas. La misma niña que arreaba ganado era también la que iba a ordeñar una vaca llamada *'Toronja'* en los potreros cercanos, observaba con curiosidad cada labor campesina y se maravillaba con la inmensidad del campo.

Aquella infancia transcurrió en una Colombia donde todavía era posible caminar de una vereda a otra sin miedo. Cuando recuerda esos años, habla de felicidad, libertad y seguridad; de una época en la que las puertas permanecían abiertas y los vecinos eran una extensión de la familia. *"Vivía uno feliz"*, dice con nostalgia.

Sin saberlo, aquellos años estaban moldeando la mujer que sería después.

Para estudiar debió abandonar temporalmente la vereda y trasladarse al municipio de El Palmar, donde vivía su abuela. Allí realizó la primaria.

La educación representaba un esfuerzo para las familias campesinas de la época, pero también una esperanza. Luego validó el bachillerato mientras continuaba construyendo su propio camino. Sin embargo, la vida tenía preparados capítulos más difíciles.

Con el paso de los años se casó con Luis Olivo Jerez Rangel, formaron una familia y comenzaron a construir su hogar. Parecía que el futuro avanzaba tranquilo entre labores del campo y proyectos familiares. Pero, la violencia llegó. Como ocurrió con miles de familias campesinas colombianas, la guerra entró a sus territorios sin pedir permiso.

Una noche, hombres armados obligaron a su esposo a transportar personas en su vehículo. Regresó dos días después. Luego vinieron las amenazas, los mensajes que advertían que ya no podían permanecer allí, y el miedo se instaló como una sombra constante.

La violencia llegó como llegan los aguaceros inesperados en la montaña: primero como un rumor lejano y después como una tormenta imposible de ignorar.

Las amenazas se volvieron frecuentes. El miedo comenzó a ocupar los espacios que antes estaban llenos de confianza. Una noche comprendieron que debían marcharse y, abandonar la tierra, duele de una forma silenciosa, como arrancar de raíz un árbol que todavía está vivo.

Al partir, María no empacó únicamente ropa y pertenencias. También guardó en su memoria los caminos recorridos de niña, los amaneceres sobre las montañas y las voces de quienes habían formado parte de su vida. Detrás quedaban años enteros de historia. Delante, solamente la incertidumbre.

María tenía entonces un hijo pequeño. Las decisiones dejaron de tener alternativas. La familia tuvo que abandonar el lugar y se convirtieron en desplazados; tuvieron que empezar de nuevo.

Los pobladores rurales suelen decir que abandonar la tierra es como arrancarse una parte del alma. La tierra guarda los recuerdos de los padres, las huellas de la infancia, los sueños sembrados durante años. Dejarla atrás duele de una manera que no siempre puede explicarse. María conoce perfectamente ese dolor. Pero, también conoce la fuerza que se necesita para seguir adelante.

Primero intentaron establecerse en Bogotá. Pensaron que una ciudad grande podría ofrecerles oportunidades. No fue así, la

realidad resultó dura. Faltaba el trabajo, escaseaba la comida y el futuro parecía cada vez más incierto.

Entonces, decidieron regresar a Santander y establecerse en San Gil, donde un familiar les ofreció apoyo mientras lograban estabilizarse. Desde entonces, San Gil se convirtió en su segunda patria.

Durante casi cuatro décadas trabajó incansablemente para sacar adelante a sus hijos: Diego Armando y Alessandra. Lo hizo sin subsidios extraordinarios ni ayudas permanentes. Lo hizo, como tantas mujeres campesinas, trabajando cada día y confiando en que el esfuerzo siempre termina dando frutos.

Durante años se dedicó a la confección, era un trabajo estable, un oficio digno, una manera de sostener a su familia. Pero, la pandemia cambió muchas historias, y la suya fue una de ellas. Cuando el trabajo desapareció, tuvo que reinventarse.

Lejos de resignarse, encontró una nueva oportunidad en algo que siempre había estado presente en su vida: el liderazgo comunitario.

La oportunidad llegó a través de una pequeña asociación de mujeres campesinas.



Cuando ella asumió el liderazgo, apenas participaban unas pocas integrantes. Lo que ocurrió después parece una de esas historias que nacen despacio, casi en silencio.

La organización empezó a crecer, mujeres de distintas veredas se fueron vinculando, las reuniones se multiplicaron y los proyectos comenzaron a tomar forma. Y donde antes había tres mujeres, llegaron decenas, después cientos.

Hoy la Asociación de Mujeres Campesinas de San Gil reúne mujeres de catorce veredas del municipio y desarrolla iniciativas relacionadas con agroecología, seguridad alimentaria, acceso al agua y fortalecimiento comunitario.

Para María, el liderazgo nunca ha sido una posición de poder, es una forma de servicio. Por eso, habla con más emoción de los logros colectivos que de sus propios triunfos. Se siente orgullosa de haber impulsado la construcción de reservorios de agua para familias rurales, promover huertas agroecológicas y gestionar estufas eficientes para mujeres que empezaban a presentar enfermedades respiratorias por cocinar durante décadas sobre fogones tradicionales.



Pero quizás su proyecto más entrañable nació de un recuerdo familiar, una remembranza que la conectaba con su abuela; cuando era niña y estudiaba en El Palmar, observaba cómo aquella mujer preparaba cacao artesanalmente para luego venderlo en la plaza de mercado del Socorro. La imagen permaneció guardada durante años en algún rincón de su memoria, hasta que un día decidió recuperarla.

Así nació una iniciativa de transformación artesanal de cacao impulsada junto a mujeres campesinas.

La propuesta es sencilla, pero profundamente significativa: comprar cacao cultivado de manera orgánica por productoras rurales y transformarlo artesanalmente para generar valor agregado en la región.

El proceso conserva algo de ritual antiguo. Primero seleccionan cuidadosamente los granos, luego los tuestan lentamente durante más de una hora sobre fuego de leña, después viene el descascarillado manual, un trabajo paciente que deja ampollas en las manos.

Más tarde, llega la molienda, repetida varias veces hasta conseguir la textura adecuada. Finalmente se moldea y se empaca bajo una marca que lleva un nombre evocador:

Cuando María describe este proceso, sus ojos parecen iluminarse. No habla solamente de cacao, expresa dignidad, autonomía económica y mujeres que descubren que pueden transformar no solo un producto, sino también su propio destino.

Y mientras el cacao se convierte en chocolate, las campesinas también se transforman, ganan confianza, aprenden, participan, sacan a flote su sensibilidad y se vuelven visibles. Ese es quizá el mayor logro.

Si hubiera que resumir la historia reciente de María en un aroma, probablemente sería el del cacao tostándose sobre el fuego. Porque el cacao no es solo un producto, es un recuerdo, una herencia, una conversación con sus antepasados.

Cada vez que los granos comienzan a calentarse sobre el fogón de leña, algo parece despertar en su memoria. Entonces, reaparece la imagen de su abuela trabajando pacientemente para transformar aquellas semillas oscuras en alimento y sustento.

El humo asciende lentamente, el calor envuelve el lugar y el aire se llena de un perfume profundo que mezcla tierra, madera y chocolate. Las manos de las mujeres limpian, seleccionan y muelen los granos siguiendo una tradición transmitida de generación en generación. No es una fábrica, es algo mucho más valioso. Es la memoria convertida en alimento.

María suele decir que una de sus mayores satisfacciones consiste en ver llegar a las reuniones a mujeres que antes permanecían calladas y hoy participan, opinan y lideran actividades.

En cada espacio encuentra la confirmación de que su trabajo tiene sentido. Porque, para ella, el liderazgo no consiste en caminar adelante, sino en lograr que otros también caminen.

Su rutina diaria ayuda a comprender el tamaño de ese compromiso. Cada mañana se levanta a las cuatro y media. Antes de que amanezca ya está alimentando gallinas, cerdos, perros, ovejas, tortugas y hasta los pájaros que visitan su hogar. Luego organiza las labores domésticas, cuida de su suegra de noventa años, atiende reuniones, coordina actividades comunitarias y desarrolla las



tareas administrativas relacionadas con los procesos que lidera. Muchas veces termina su jornada cerca de las once de la noche.

Quienes la conocen suelen preguntarse de dónde saca tanta energía. Ella tiene una respuesta sencilla: la fe. Se declara profundamente creyente y asegura que encuentra fortaleza en el Espíritu Santo para enfrentar cada desafío cotidiano. Quizás por eso conserva una serenidad poco común.

No significa que ignore las dificultades, las conoce muy bien y ello se manifiesta en la forma como ha enfrentado las críticas. Reconoce que ha sufrido ataques y ha experimentado la frustración que sienten muchos líderes comunitarios cuando defender derechos ajenos termina generando conflictos propios. Pero, nunca ha pensado en abandonar, porque sabe que el trabajo comunitario rara vez ofrece recompensas inmediatas; sus estímulos suelen aparecer de otra manera.

Surgen en una mujer que logra mejorar sus ingresos, una familia que consigue acceso al agua, una campesina que descubre que su voz también importa, en los agradecimientos inesperados que llegan después de años de esfuerzo.

Uno de los temas que más la apasiona es el papel de la mujer rural. Ha sido testigo de enormes transformaciones. Recuerda una época en la que las mujeres casi no aparecían en espacios de representación comunitaria. Hoy las ve liderando asociaciones, juntas de acción comunal y procesos productivos. Aunque reconoce que todavía existen barreras, está convencida de que el liderazgo femenino seguirá creciendo.

Sin embargo, también insiste en que la solidaridad entre mujeres sigue siendo un desafío pendiente, lo dice con franqueza, con la misma honestidad con la que habla de sus sueños, porque María

no idealiza las realidades rurales, las conoce demasiado bien; aun así, mantiene intacta la esperanza, esa ilusión la ha llevado incluso a conocer otros países.

Durante un intercambio de experiencias visitó Guatemala y El Salvador. Lo que encontró allí le produjo una profunda reflexión sobre el valor del agua, la seguridad alimentaria y los recursos que todavía existen en el territorio colombiano.

Regresó convencida de que cuidar el agua es una de las tareas más urgentes para las comunidades campesinas. Desde entonces redobló esfuerzos en ese propósito.

Para ella, el futuro depende de la capacidad de proteger aquello que parece abundante hasta que comienza a escasear. Quizás esa conciencia nació en la niña que cabalgaba por las montañas de Simacota, cuando observaba la naturaleza con fascinación y aprendió que la tierra habla, que el agua tiene memoria y los árboles sostienen mucho más que ramas.

Al final, cuando se le pregunta si se considera una mujer exitosa, responde sin titubeos: sí. No porque haya acumulado riquezas, tampoco porque tenga reconocimientos o aparezca en titulares de prensa; se considera exitosa porque conserva aquello que soñó cuando era niña: seguir ligada al campo, trabajar por su gente y vivir de acuerdo con sus convicciones.

Y tal vez tenga razón. Porque el éxito, en su caso, no se mide por lo que ha obtenido.

Se mide por lo que ha sembrado. En los caminos de Santander abundan los árboles que nadie recuerda quién plantó, dan sombra, protegen la tierra, acompañan a los viajeros y permanecen allí, incluso, cuando el tiempo borra los nombres de quienes los sembraron.

La historia de María Riquel se parece a uno de esos árboles. Es una mujer que fue niña arriera en las montañas de Altamira, campesina desplazada por la violencia, madre que levantó a sus hijos mediante el trabajo y, ahora, una lideresa que convirtió las dificultades en oportunidades para otras mujeres, una sembradora de esperanza.

Y mientras el aroma del cacao recién tostado se eleva desde algún fogón campesino, mientras una mujer descubre que puede transformar su cosecha en sustento y dignidad, mientras una comunidad encuentra razones para permanecer unida, la huella de María continúa creciendo silenciosamente sobre la tierra que aprendió a amar desde niña.



Por eso, cuando cae la tarde sobre las montañas santandereanas y la luz del sol comienza a deslizarse lentamente por las laderas, María sigue ocupada. Tal vez esté atendiendo una reunión o alimentando sus animales o esté planeando una nueva iniciativa para las mujeres de su comunidad.

Su historia continúa escribiéndose todos los días, no en periódicos ni en libros. Se escribe en los caminos rurales, en los cultivos, las huertas, reservorios de agua y en los granos de cacao que pasan de unas manos a otras.

Porque existen personas que dejan huellas visibles y existen otras que transforman silenciosamente la vida de quienes las rodean. María pertenece a estas últimas.

Y así como el cacao necesita del fuego para revelar su aroma, la vida la sometió a pruebas difíciles para sacar a la luz su verdadera esencia.

Hoy, entre montañas, recuerdos y sueños colectivos, sigue sembrando futuro y hoy una nueva generación de mujeres campesinas aprende a creer en sí misma. Las semillas que María plantó, continúan germinando bajo el mismo cielo que contemplaba aquella niña que un día cabalgó sobre 'Coral' siguiendo los caminos infinitos de Altamira.



Quinta edición

San Gil Región • Historia viva

Mujeres que dejan huella